

***LA DEVOCIÓN  
DEL ROSARIO***

**Lope de Vega**

## *PERSONAS*

PEDRO GERMÁN, monje. Una figura de papa con capa y tiara.

UN ÁNGEL

FRAY ANTONINO, prior.

UN CAPITÁN

VIVALDO, cautivo.

NICOLO, cautivo.

ALESIO, cautivo.

CELIMO, moro.

FILIPO, soldado.

ROSIO, soldado.

COSME, soldado.

EL REY DE TÚNEZ

LUCIFER

SATANÁS

ROSA, mora.

AJA, mora.

MARCELA, cautiva.

ARCHIMA AMET

SULTÁN

ALBERTO, cautivo.

EL AUXILIO DIVINO

BECEBA, alcaide moro.

UN MERCADER

## JORNADA PRIMERA

(Sale PEDRO GERMÁN, monje, solo.)

PEDRO GERMÁN ¡Dios sin principio y sin fin,  
cuyos soberanos pies  
pisa el mayor serafín!  
¡Dios uno y Personas tres,  
que entender quiso Agustín,  
y en el ejemplo del mar,  
que el niño encerrar quería  
en tan pequeño lugar,  
vio que ninguno podía  
tan gran piélago aplacar!  
¡Dios, de quien sólo creer  
es más justa reverencia  
que no intentaros ver,  
cuál impulso, qué violencia  
aquí me pudo traer!  
Señor, en mi celda estuve:  
¿cómo me traéis aquí?  
Mas... ¿qué prometida nube  
de oro y sol se acerca así  
que sobre mis hombros sube?  
Como si en una linterna  
su cuerpo el sol se encerrara,  
le alumbra la luz interna  
y la superficie clara,  
bañada en su lumbre eterna;  
juntos caminan los dos  
al monte de vuestro cielo.  
¿Qué es esto, divino Dios?  
O es que Vos bajáis al suelo  
o sube algún santo a Vos.  
(Suspéndese el monje, y con música sube por una canal  
una figura de papa, con capa y tiara.)  
¡Valgame el cielo!, podré  
decir por este varón  
que por las nubes se ve:

¿Quién es éste, que de Edón  
sube, puesto que no fue  
con vestidura vestida?

Sí, que es el alba ceñida,  
y la capa y la tiara  
vencen del sol la luz clara  
por el oriente esparcida.

¿Quién serás, confesor santo,  
con ese precioso manto,  
tú que por corona tienes  
tres esferas en las sienes  
que tus canas honran tanto?

Tu luz apenas resisto;  
más bien muestras, verde cedro,  
ya sobre el Líbano visto,  
que eres sucesor de Pedro,  
aquel Vicario de Cristo.

(Tocan cajas destempladas; sale un CAPITÁN y cuatro  
soldados, que son VIVALDO, NICOLO, ALESIO y ANTONIO, con  
cruces en los pechos.)

CAPITÁN Ya no hay que hacer aquí; cubrid de luto  
las cajas, las trompetas y las armas.

El general murió; cesó la guerra.

VIVALDO Desdicha general de Italia ha sido,  
de España y Francia y las naciones todas  
que del nombre católico se precian.

NICOLO Descanse el fiero turco, crezca el número  
de mamelucos y de zapas fieros;  
discurra el mar de Ebrón, ya con sus naves,  
pues faltó ya quien le pusiese freno.

VIVALDO Ya el otomano, casa prodigiosa,  
su nombre ensalce y su corona aumente.

Duerme en Constantinopla, turco fiero,  
del acero católico seguro,  
pues el nuevo Godofre parte al cielo.

PEDRO GERMÁN Soldados generosos, caballeros  
ilustres, que mostráis en la cruz roja  
serlo de Cristo, ¿dónde vais tan tristes?

¿Quién es el capitán que lloráis muerto?

CAPITÁN El muerto general que nos preguntas,  
que, como en soledad estás, lo ignoras,  
es el Sumo Pontífice, el gran Pío.

Pío segundo es muerto, y el primero,  
que, después de las armas celestiales,  
con las humanas quiso echar del mundo  
el fiero turco, destrucción de Hungría,  
llevósele la muerte; el pastor muerto,  
las ovejas se esparcen.

PEDRO GERMÁN ¡Triste caso,  
aunque para el bendito Padre alegre,  
pues ya sus obras y deseo santo  
el ciclo premia con laurel eterno!

VIVALDO Bendícenos y ruega por nosotros.

PEDRO GERMÁN El cielo os dé su bendición.

(Vase.)

CAPITÁN

Vivaldo,

aquí no hay más que hacer, que ya de Ancona  
quieren sacar el cuerpo.

VIVALDO Yo querría  
acompañarle.

CAPITÁN Vamos.

ALESIO Pues concede  
tantas gracias el cielo a quien a Roma  
llegare con el cuerpo, ¿qué soldado  
dejará de ganarlas? ¡Cuerpo santo,  
a vuestro lado iré deshecho en llanto!

(Vanse; quedan solos ANTONIO y NICOLO.)

NICOLO ¿De qué tan suspenso estás,  
Antonio, en esta ocasión?

ANTONIO De que mi buena intención  
llegó hasta serlo, y no más.

Mi estudio dejado había  
por las armas de la fe,  
que en naciendo profesé,

que es ciencia que a Dios me guía.  
El Pontífice supremo,  
como sabes, me había dado  
de esta facultad el grado,  
para el alma honor extremo.  
Porque de esta borla roja,  
cruz santa que traigo al pecho,  
fue de aquel gran sabio hecho  
que los infiernos despoja.  
Llegamos todos a Ancona,  
muere el santo general,  
que en mejor carro triunfal  
divino laurel corona,  
y vuelvo con tal tristeza  
de ver que me he de quitar  
la cruz sin pasar el mar  
que con tanta fortaleza  
mártir pensaba yo ser  
a manos del turco fiero,  
que temo como primero  
a mi estudio no volver.  
Porque si otra vez el mundo  
me vuelve a su confusión,  
¿qué más cierta perdición  
que entrar en su mar profundo?

NICOLO Todos habemos venido  
a ser de Cristo soldados,  
por ver, de tantos llamados,  
quién llega a ser escogido;  
pero pues la santa empresa  
que hacía contra el impío  
turco el Pontífice Pío  
aquí con su muerte cesa  
y no hay príncipe cristiano  
que la quiera proseguir,  
con su cuerpo quiero ir  
así, Antonio, porque gano  
tan grandes indulgencias  
como por tener que hacer

en Roma.

ANTONIO        No puede ser,  
por algunas diferencias  
que traigo conmigo en mí  
en materia de mi Estado,  
acompañarte, que he dado  
en lo que nunca creí.  
Vete, Nicolo, en buen hora.  
NICOLO Prospera tu vida el cielo,  
(Vase.)

ANTONIO ¡Adiós, peligros del suelo,  
bien que el cielo vulgo adora!  
¡Adiós, locas pretensiones!  
¡Adiós, esperanzas vanas,  
pues no os desengañan canas  
ni os obligan sinrazones!  
¡Adiós, servir y no ver  
para siempre el galardón!  
¡Adiós, hermosa opinión,  
vanaglorioso placer!  
¡Adiós, amistad fingida!  
¡Adiós, verdad despreciada,  
que quiero en breve jornada  
poner en salvo mi vida!  
Servir a Dios es seguro;  
todo lo demás, dudoso.

(Sale COSME, camarada de ANTONIO, soldado roto con cruz  
al pecho.)

COSME ¡Adiós, celada! ¡Adiós, coso!  
¡Adiós, berberisco moro!  
¡Adiós, morillos, pues ya  
Murió Pío y yo quedé  
de defensor de la fe.  
ANTONIO;Cosme!  
COSME        Cóseme tú a mí,  
que tú hartos cosido estás.  
¡Ah, guerra de Satanás,

medrado vuelvo de ti!  
De donde pensé sacar  
fama eterna y un tesoro,  
dándome el alarbe moro  
ocasión de pelear,  
Pío, por estarse holgando,  
allá en el ciclo se fue  
a descansar; yo quedé,  
pollo aterido, piando.  
ANTONIO Cosme, criado y amigo  
de aqueste Antonio, que ya  
huyendo del mundo va  
como de un grande enemigo.  
Pues ya la santa jornada  
que hacía el segundo Pío  
contra el turco poderío  
para que dio la cruzada,  
cuya divina señal  
nuestros pechos ilustraba,  
se acabó por lo que acaba  
todo aquello que es mortal,  
yo no pienso dar la vuelta  
a la patria sin vencer  
otro enemigo.  
COSME                    Si el ver  
que tu voluntad resuelta  
quiere la guerra seguir  
no me pone inclinación,  
¿bajos mis intentos son?  
¿No te merezco servir?  
¿Tan mal camarada he sido?  
¿No te he dado en las posadas  
las gallinas encerradas,  
el cabritillo escondido?  
¿Qué Pollo se me escapó,  
como yo de ojo le viese,  
que a tu plato no trujese?  
¿Quién te sirvió, como yo?  
Y como tú te inclinaras,  
¿quedar hermosa doncella



mirando la que tenía,  
halló en sus libros de cuenta  
que ningún hombre, alto o bajo,  
de cuantos hay en Florencia  
le dejaba de deber  
dineros, que fue grandeza  
que de ninguno se escribe;  
entre muchas excelencias,  
tuvo la mayor de todas,  
que fue conocer la deuda  
en que estaba a Dios, y así  
propuso satisfacerla,  
porque solía decir,  
lleno de risa y modestia:  
«Aunque más a Dios le pago,  
cuando a las cuentas se llega,  
hallo que siempre me alcanza,  
siempre quiere que le deba.»  
En los montes Pesulanos,  
por ser tan propias las peñas  
de aquel santo que solía  
buscar el cielo por ellas,  
aquel jerónimo insigne  
que, por ser tan dura puerta  
del alma el pecho de un hombre,  
llamó en él con una piedra,  
edificó un monesterio,  
y no lejos dél y entre ellas  
otro que llama abadía,  
cuyo dueño el nombre muestra  
al seráfico Francisco,  
hombre que desde la tierra  
por cinco escalas de sangre  
se le entró a Dios por las venas.  
Otro edificó notable,  
pero dentro de Florencia;  
uno a Santa Berdiana,  
y al santo mártir de guerra  
que hasta los huesos asados  
sirvió de Cristo a la mesa,

hizo un templo suntuoso;  
y sin éste, en cuatro iglesias,  
las capillas y retablos,  
y a todas dio tantas rentas,  
posesiones, vasos de oro,  
ornamentos, perlas, piedras,  
que excedió al gran Constantino.  
Pero entre tantas grandezas,  
hizo a San Marcos un templo  
y a Domingo le encomienda,  
que con sus predicadores  
quiso que en guarda le tengan.  
Mira el ingenio de Cosme,  
que, como Marco nos cuenta  
el Evangelio y Domingo  
nos lo predica y enseña  
con la sangre de sus hijos  
y con sus divinas letras,  
como se ve en Pedro Mártir  
y en tantos que le confiesan  
junto a Marcos y a Domingo,  
para que Domingo sea  
el león con que le pintan  
y esté libre, en su cabeza  
hacen este monasterio  
un prior que el mundo eleva  
con la fama de su nombre  
y de sus divinas prendas.  
Este es el santo Antonino,  
a quien dicen que ya ruegan  
con tan rico arzobispado  
como es su patria Provençia.  
Confesóme el santo el día  
que para tan santa guerra  
tomé aquesta roja cruz,  
y entre muchas excelencias  
para bien del alma mía,  
pienso que fue la primera  
el santísimo rosario  
de la siempre Virgen Reina

de los ángeles y cielos,  
que es devoción que profesa  
todo el Orden dominico;  
que quien devoto le reza,  
no dudes, Cosme, no dudes  
que eternamente se pierda,  
porque, al fin, le da la mano  
esta celestial Princesa.

Yo, pues, he dado en rezarle;  
y del santo hablar con ella  
me ha nacido una afición  
que hasta el alma me penetra.

Iba a la guerra del turco;  
pero pues la guerra cesa,  
contra el mundo, y el demonio,  
y la carne quiero hacerla.

bomingo me dio las armas;  
allá quiero entrar con ellas;  
vestirme quiero las tuyas.

Cosme amigo, adiós te queda,  
que por dar cuenta mejor  
de estas soberanas cuentas  
quiero que Domingo santo  
mi padre y padrino sea.

COSME ¿Ha tenido fin la historia?

ANTONIO Sí, Cosme.

COSME Sin duda es buena  
pues que yo no me he dormido  
siendo tan larga tu arenga;  
y aunque siento dejar mucho  
el mundo por ciertas cuerdas  
de amigos que, en vez de gorras,  
ya hasta vamos a una mesa  
y por otras zarandajas,  
cabellos, cintas y prendas  
que son regalos del alma,  
memorias de mi gallega,  
todo, Antonio, lo antepongo  
a ti, y es justo me creas  
que me debes este amor.

A la Religión me lleva,  
donde seré motilón,  
que no faltará una puerta,  
la cocina o refectorio  
o el cultivar una huerta,  
que en estos oficios es  
donde un religioso medra;  
que yo de vista lo sé,  
ya que no por experiencia.  
Y si la huerta me entregan,  
con mis lágrimas en ella,  
sobre un bodigo y torrezno  
plantaré rosas tan bellas  
que si nacen entre espinas  
podrá ser, y Dios lo quiera,  
que en mi pecho humilde nazcan.  
ANTONIO Ahí, Cosme, el ciclo te enseña.  
Dame mil veces tus brazos.  
COSME Oye, Antonio, ¿es cosa cierta  
que puedo mudarme el nombre?  
ANTONIO Sí, amigo; como tú quieras.

COSME Vamos; no he de ser más Cosme.  
ANTONIO Cuentas son tus rosas bellas.  
¡Dios permita, quiera Dios,  
Pues sois rojas y estáis negras,  
que, teñidas con mi sangre,  
cuentas de coral os vuelva!

(Vanse. Salen EL REY DE TÚNEZ, BECEBA, alcaide; ROSA,  
mora.)

BECEBA Engañóme tu privanza.  
REY No te quejas con razón,  
antes te doy confianza;  
que niega la posesión  
quien concede la esperanza.  
BECEBA Cuando a Rosa, tu sobrina,  
hayas de dar, rey famoso,  
compañía igual, no es dina

persona de tu espacioso  
reino, al extraño te inclina.  
Mas si en Túnez se ha de hallar,  
¿quién en la paz y en la guerra  
pueda al Beceba igualar?  
¿Quién te ha puesto en paz la tierra  
y asegurado la mar?  
¿Por quién tiemblan las galeras,  
las de Italia, que en las tuyas  
toquen tiemblan tus banderas?  
¿Quién más cautivos te ha dado?  
¿Quién más servicios te ha hecho?  
REY Yo me confieso obligado  
y bien estoy satisfecho,  
Beceba, de tu cuidado.  
Yo no te he negado a Rosa.  
No es negarla el dilatar  
de que ahora sea tu esposa.  
BECEBA ¿Qué más cansado negar  
que dilatar una cosa?  
¡Pluguiera a Alá que dijeras:  
«Beceba, Rosa ha de ser  
de otro dueño!», y tú me vieras  
justo sentimiento hacer,  
cubrir luto mis galeras.  
Lo que da tormento inmenso  
es ver que el bien no se niega,  
porque, como estoy suspenso,  
mientras que llega o no llega  
peno más mientras más pienso.  
ROSA Envía, invicto señor,  
al adcaide a alguna empresa  
donde temple tanto amor,  
que amor en ausencia cesa;  
y así cesará el rigor,  
que pues no le das razón  
de la dilación del bien,  
sentirá su dilación.  
BECEBA Y ausente dura también  
la verdadera afición.

¡Oh, qué medio has escogido  
tan conforme a tu desdén,  
tan semejante a tu olvido!

¿Eso dices?

REY            Ahora bien,  
que la obedezcas te pido.  
Haz, Beceba, alguna cosa  
para que obligues a Rosa.  
Parte el mar de Italia; corre  
la costa de España hermosa.  
No dejes el paso libre,  
ni leño que no se espante,  
ni que a su sombra esté libre  
de Cartagena a Alicante  
y desde Denia al Colibre.  
Enciende fuego en sus playas  
y pase el mar de sus rayas  
azotado de tus remos,  
tocarán a sus extremos  
los pies de sus atalayas.  
Vuelve los aires oscuros,  
tiemble la tierra en su centro  
tanto, que los fuertes muros  
se retiren más adentro  
para estar de ti seguros,  
que cuando vuelvas tendrás  
esta prenda que deseas.

BECEBA Si estriba en eso no más,  
yo juro Alá que tú veas  
el hombre a quien hoy la das.

Guárdate, Italia, que baja  
un rayo de Túnez fiero,  
que con tan alta ventaja,  
con piedras, fuego y acero  
tus leños quebranta y raja.  
Guárdate, España, que sube  
de la exhalación del llanto  
al sol de Rosa la nube,  
que ha de llover más espanto  
que yo de sus ojos tuve.

Puertos en cerradas calas,  
riberas, costas, recodos;  
rayo soy de amor con alas:  
llorad todos, temblad todos  
mis suspiros y mis balas.  
¡Hola, soldados! ¿Qué hacéis?  
Cubrid mis seis galeotas  
de flámulas; no dejéis  
ni velas ni jarcias rotas  
que no adornéis y enlacéis  
de bengala de Lisboa.  
Cubran con el nombre y loa  
de amor que estas flechas fragua  
desde el carel hasta el agua  
y de la popa a la proa.  
Vista roja tamarete  
la chusma, que es necesaria  
no se mire filarete  
que no tenga luminaria  
ni jarcia ni gallardete.  
Izad el cañón que cubre  
con sus jarcias la cureña  
y, en viendo que se descubre  
de Túnez o casa o peña  
a quien la distancia cubre,  
haced salva al rey y a Rosa;  
Pero mejor es volviendo  
de Italia rica a su hermosa...

.....

Ea, herid a esos cristianos.  
¿En qué os detenéis, villanos?,  
que antes que pase este mes  
habéis de estar a sus pies  
y no besando sus manos.

(Vase.)

REY Gallardo parte,

ROSA                      En efeto,

¿me prometes a Beceba?

REY Rosa, cierto amor secreto  
dilatarse intenta y prueba

el bien que yo le prometo;  
pero esto ha sido no más  
que alejarle, bella Rosa,  
del lugar adonde estás,  
que hay otra afición forzosa  
a quien remediar podrás.

ROSA El valor de tu sobrina  
me ha dado mil pretendientes.

REY No es la sangre la que inclina  
por más que cubrir lo intentes,  
sino esa beldad divina  
de la cual esta persona  
que yo te digo está presa.

ROSA Si la beldad le aprisiona,  
delito has hecho.

REY Confiesa;  
Pero eso mismo le abona;  
que si es delito querer  
a quien se puede ofender  
de ser un hombre ofendida,  
la hermosura pretendida  
le puede satisfacer.

ROSA ¿Es hombre el que me pretende  
que me merece?

REY Si quien  
te pretende no te ofende,  
ninguno el quererte bien  
con más méritos emprende.

ROSA Pues si iguala a mi valor  
y es tu gusto, gran señor,  
di quién es y sea mi esposo.

REY Luego, ¿soy tan venturoso?

ROSA ¿Qué? ¿Tú me tienes amor?

REY ¿No me dio el cielo del alma  
tres potencias, que en despojos  
llevas para triunfo y palma?  
¿No me dio, Rosa, estos ojos  
que dejas mirando en calma?  
¿No tengo yo entendimiento  
que de tu rara beldad

alcance el conocimiento?  
¿No tengo yo voluntad  
con que lo que entiendo intento?  
¿No podrán por mis oídos  
entrar tus dulces razones,  
espíritus encendidos  
con que al alma fuego pones  
por los más nobles sentidos?  
¿Parécete que el quererte,  
siendo tu sangre, no es cosa  
más fácil, pues de esta suerte  
quiero en ti mi sangre, Rosa,  
que en una las dos convierte?  
Sobre parentesco, amores;  
bien es como guarnición  
de oro en azul los favores;  
deudas entre deudos son,  
y más mientras son mayores.  
Ves aquí la causa, Rosa,  
por qué no quiero casarte.  
ROSA Si fuese, tío, justa cosa  
quererme bien por ser parte  
de tu sangre generosa,  
¿cómo yo no siento en mí  
quererte bien, digo bien,  
más que a rey y deudo a ti?  
REY La costumbre del desdén  
te obliga a tratarme así.  
Míralo mejor.  
ROSA                    Señor,  
no dudes que te quisiera;  
mas fuera notable error,  
rey de Túrez, que pusiera  
en tu condición mi amor.  
Si fueras un rey cristiano  
que a mí sola me quisieras,  
que yo te quisiera es llano,  
porque estoy cierta que dieras  
sólo a una mujer la mano.  
Mas siendo moro, ¿no ves

que has de tener otras tres  
y más de tres mil amigas?

REY Yo me obligo, si te obligas,  
que sola en el alma estés.

Yo seré en el casamiento  
cristiano, y en la ley, moro.

ROSA Durará tu juramento  
mientras que seguro adoro  
tu gusto y tu pensamiento;  
mas después que amor siniestro  
llegue al efecto que nuestro,  
serás moro en olvidarte  
y cristiano en descasarte  
por el parentesco nuestro.

Dame licencia.

REY Oye un poco.

ROSA Perdona esta libertad,

REY A más amor me provoco.

ROSA Déjeme tu majestad.

REY No puedo.

ROSA ¡Suelta!

REY ¡Estoy loco!

¡Oye a un rey!

ROSA Su hechura soy.

REY ¡Oye a tu amante!

ROSA No puedo.

REY ¡Oye a tu tío!

ROSA Aquí estoy.

REY ¿Qué tienes?

ROSA Respeto y miedo.

Perdóname si me voy.

(Vase.)

REY ¿Qué es la causa que un hombre valeroso  
con la espada en la mano, altivo, fuerte,  
corta el cuello arrugado, rompe y vierte  
saliente humor del tronco sanguinoso;  
o discurre un ejército furioso,  
dando mil muertes sin temer la muerte,  
amando una mujer tiemble de suerte  
que le vence y derriba un rostro hermoso?

¿Cómo pedir el hombre, si concede  
el sueño y el sustento cada día  
sin que afligido y sin vergüenza quede,  
y cuando pide amor tiembla y porfía?  
Debe de ser que sin comer no puede  
pasar el hombre y sin amor podía.

(Entran FRAY ANTONINO, prior; ANTONIO, de fraile, y  
COSME, de lego muy mesurado.)

ANTONIO Ya, santísimo Antonino,  
que este vuestro siervo Antonio  
para hacer guerra al demonio  
a vuestra milicia vino.  
Ya que de las quince rosas  
el dichoso cuello enlace  
y me habéis puesto en el brazo  
dos armas tan poderosas  
como oración y lición  
y el hábito blanco y negro,  
de verme galán me alegro  
y serlo en el corazón  
de aquella Reina del cielo  
cuyas rosas son tan bellas,  
que no hay corona de estrellas  
que mire tan alta el suelo,  
decidme, padre divino,  
qué es lo que ahora mandáis.

ANTONINO Hijo que a Sicilia vais,  
puesto que es largo el camino,  
y que estas cartas llevéis  
para el prior de Mesina,  
ciudad puesta en la marina,  
de quien al punto sabréis  
para lo que allá os envío.

ANTONIO Fray Cosme está muy contento  
con el hábito.

COSME Yo siento  
algo de hambre, padre mío.  
Como, pues, ya nos han dicho

cuanto tenemos que hacer,  
no se trata de comer,  
¿tiene el comer entredicho?

ANTONIO No le dé aquesto cuidado;  
que quien a su cargo está,  
en siendo hora llamará.

COSME Bien puede haberse olvidado,  
que como el refitolero  
come cuando tiene gana,  
harásele de mañana.

ANTONIO Calle, no sea tan grosero.  
Tenga, padre, sufrimiento;  
dadme esa mano bendita.

(Al prior.)

ANTONINO Hijo, estos padres imita  
con humilde pensamiento;  
toma ejemplo de sus vidas  
y de sus santas acciones,  
y para que entre aflicciones  
el divino auxilio pidas,  
ningún día se te olvide  
pasar las rosas süaves  
de esas cuentas, de esas aves.  
Con ellas, Antonio, pide,  
que cuanto alcanzar quisieres,  
como esta Orden lo profesa,  
que alcanzará la Princesa  
bendita entre las mujeres.  
Nuestro santísimo padre  
Domingo fue de este voto,  
como galán, tan devoto  
de la siempre Virgen madre.  
Que la azucena que ahora  
la Iglesia pinta en su mano,  
aunque muestra el soberano  
bien que el ser casto atesora,  
yo por María imagino  
espejo en que se miraba,  
que el Padre eterno lo alaba.  
De este atributo divino

es azucena y espejo,  
y así en Domingo se ve,  
de cuya mano tomé  
este divino consejo.

ANTONIO Padre, pues me he de partir,  
por que pueda acompañarme,  
a fray Cosme puedes darme,  
si conmigo quiere ir;  
que con él me hallaré bien,  
pues que fue mi compañero  
en el siglo.

ANTONINO De él espero  
que sabrá acudir también  
a su justa obligación.

Yo gusto que, como amigo  
y hermano, vaya contigo.

ANTONIO Pues danos tu bendición.

COSME ¿No pudieras, padre amado,  
darme mayor testimonio  
que no apartarme de Antonio,  
de su amoroso cuidado?

En el siglo le seguí  
cuando fui su mochilero,  
y así hasta el cielo no quiero  
padre, apartarle de mí.  
¡Qué lindos pollos rapaba  
y gallinas!...

ANTONIO (¿Está en sí?  
Calle, que no es para aquí.)

COSME (Perdone, no me acordaba.)

ANTONINO El cielo os guarde y bendiga.  
Partid luego, que es ya tarde.

(Vase.)

ANTONIO El mismo, padre, te guarde.  
¿Quién habrá, Cosme, que siga  
la gran virtud, la excelencia  
de este famoso varón?

COSMEMuchas sus virtudes son.

ANTONIO Puede entrar en competencia

con aquellos soberanos  
anacoretas de Egipto.

COSME Ha obrado bien lo que ha escrito  
con sus doctísimas manos.

ANTONIO ¿Tomó bien aquel consejo  
de rezar siempre el rosario?

COSME O forzoso o voluntario.

ANTONIO Que le rece le aconsejo,  
y, no piense en argüir  
en si es fuerza o voluntad.

COSME Si le he de decir verdad,  
luego me empiezo a dormir.

ANTONIO ¿Luego rézale sentado?

COSME No, de rodillas estoy;  
pero tan presto me voy  
como si estuviera echado.

ANTONIO Pues, padre, récele en pie.

COSME Póngome a peligro grande  
de que a dos pasos que ande  
conmigo en el suelo dé.

ANTONIO «Deo gratias». Pues el cuidado  
que a la oración se le debe,  
¿no le despierta o le mueve?  
Todo lo tengo probado.

Si estoy en la portería,  
no me dormiré en un mes  
aunque no mueva los pies  
de un lugar en todo el día;  
si en la huerta, es de manera  
que tengo en Argos los ojos,  
sin que el sueño me dé enojos,  
y lo mismo si voy fuera.

Pero en tomando el rosario  
no sé qué se tiene en sí,  
que no hay purga para mí,  
ni hay huevos, ni letuario  
de suaves adormideras  
que a tal sueño me provoque.

ANTONIO Dios le despierte y le toque.  
Ya es tiempo de hablar de veras.

Diga, ¿el lunes no rezó  
cuando el rosario le di?

COSME ¿El lunes, padre? No y sí.

ANTONIO ¿Cómo puede ser sí y no?

COSME Comencé, y a las primeras  
avemarías...

ANTONIO ¿Durmióse?

COSME No, padre; pero atrevióse  
el sueño con mil quimeras;  
resistí por todo el diez,  
y al «Pater noster»...

ANTONIO ¿Qué hubo?

COSME Tan necio y pesado estuvo,  
que me dormí de una vez  
desde las diez a las siete.

ANTONIO Luego el martes bien podría  
rezar.

COSME Ya recé ese día  
por el bien que nos promete  
él haber en él nacido  
la hermosa Reina del cielo;  
pero en el mayor desvelo  
que jamás, padre, he tenido.  
Di en pensar si vencería  
con descabezar el sueño,  
que era de mis ojos dueño,  
y que luego rezaría;  
comencé a dormir por ver  
qué tal remedio le doy...

ANTONIO ¿Despertó luego?

COSME A eso voy.

Sí, padre, al amanecer.

ANTONIO Si durmió de esa manera,  
el miércoles rezaría,  
pues que ya dormido había  
para la semana entera.

COSME El miércoles comencé  
los misterios del rosario,  
y, a Pesar de mi contrario,  
hasta la oración llegué

donde Pedro se durmió,  
y en aquel huerto tendido  
lo contemplé tan rendido,  
que también me dormí yo.

ANTONIO Pues el jueves, que podía  
en la cena contemplar  
el misterio del altar  
y la santa Eucaristía,  
¿no rezaría también,  
si en San Juan, dormido el pecho,  
de Cristo pensó?

COSME                                Sospecho  
que le contemplé muy bien.

ANTONIO ¿Hasta qué hora?

COSME                                Fue mucho,  
por ser los misterios tantos.

ANTONIO ¿Y el viernes?

COSME                                Días tan santos  
porfío, batallo y lucho,  
que este viernes comencé  
a ir tras judas.

ANTONIO                                ¡Buen cuidado!  
¿No ve que estaba ahorcado?

COSME En él, padre, contemplé,  
y como en él suspiraba,  
me sucedió...

ANTONIO                                ¿Dormiría  
hasta el alba?

COSME                                Hasta otro día.

ANTONIO ¡Muy bien la semana acaba!  
El sábado apostaré  
que con los guardas durmió  
si el sepulcro contempló.

COSME Durmiendo los contemplé.

ANTONIO En fin, toda la semana,  
¿qué habrá rezado?

COSME                                En seis días,  
padre, treinta avemarías.

ANTONIO Sí; mas será cosa llana  
que el domingo habrá cumplido

lo que dejó de rezar.

COSME Pues, padre, ¿no es día de holgar?

ANTONIO De holgar a los que han tenido  
oficios, porque su vida  
trabajando han de pasar.

COSME ¿Y no es trabajo rezar?

ANTONIO Por ser hoy nuestra partida  
no le riño como fuera  
justo; mas, ¿propone aquí  
la enmienda?

COSME                    Mi padre, sí.

ANTONIO Rece esta semana entera.

Y pues sueño no le deja  
ser al rosario fiel,  
ate de un clavo un cordel  
y el cordel ate a la oreja,  
para que cuando a dormír  
se vaya le tire della.

COSME Podráse salir con ella.

ANTONIO ¿Con ella se ha de salir?

COSME Por Dios, padre, que de suerte  
me suele el sueño cargar  
que me la puede sacar  
primero que yo despierte.

ANTONIO Ahora bien; venga conmigo,  
que habemos de partir luego.

COSME Que me quite, a Dios le ruego,  
aqueste sueño enemigo.

ANTONIO Por la Virgen, que le dio  
las rosas. lo ha de pedir.

COSME Si el rezar fuera dormir,  
¿quién rezara como yo?

(Vanse. Salen LUCIFER y SATANÁS.)

LUCIFER ¿Quién podrá tener sosiego  
viendo que el cielo perdió,  
de justa soberbia ciego,  
y para siempre heredó  
noche, tinieblas y fuego?

¿Quién, ya que Dios le destierra,  
no envidia sus maravillas  
viendo que un hombre de tierra  
ocupa las altas sillas  
que pierdo en tan justa guerra?  
Si no tuviera mi mal  
en la venganza el remedio,  
por morir en pena igual  
tomara por justo medio  
que Dios me hiciera mortal  
después de su muerte santa,  
con cuya cruz no se espanta,  
con cuya llave abre el cielo,  
con cuya luz ve en el suelo  
y el hombre muerto levanta.  
Varias cosas intenté,  
muchos hombres he quitado  
al cielo en que me crié,  
por que al de tierra formado  
no suba adonde bajé.  
Mas tantas estratagemas  
vence la cruz y enmudece  
nuestras víboras blasfemas,  
que va del hombre parece  
que son las armas extremas;  
y esta cruz yo la llevara  
en paciencia, que no al hombro,  
que, como es de Dios la vara,  
soy delincuente y me asombro  
sólo de verle la cara.  
Pero tantas invenciones  
de armas como le han dado  
mi tormento y mis prisiones.  
en el infierno han doblado  
mi tormento y mis prisiones.  
¿Qué rosario, di, Satán,  
es este que me atormenta?  
De escala nombre le dan,  
y es bien, pues de cuenta en cuenta  
por él al cielo se van.

¿Qué rosas son éstas, di,  
o avemarías, pues fui  
de ella muerto en Nazaret?  
¿Qué «pater noster» también,  
si es padrastro para mí?  
¿Has visto, Satán, la gente  
que este rosario me escapa?  
¿Qué haré, que estoy impaciente?  
SATANÁS De este Domingo la capa  
te cubre la vista ardiente;  
este fraile, infernal toro,  
te da en los ojos con ella;  
las capillas de este coro  
de aquella siempre doncella  
descubre estas rosas de oro.  
Estos son los jardineros  
de este divino rosal;  
por cultivarle ligeros  
te ha venido tanto mal.  
Con las rosas te hacen fieros,  
que con las cuentas divinas  
las dan tan maravillosas,  
que, aunque espino le imaginas,  
ellos se llevan las rosas  
y a ti te dan las espinas.  
Del mundo se te libró,  
donde le pusiste al cebo  
que a los principios picó  
por el rosario el mancebo  
que en Florencia se vistió  
el blanco y negro vestido  
de aquel perro negro y blanco  
que ha tu destrucción pedido;  
que como Dios es tan franco,  
le ha dado cuanto ha querido  
Pues ya por su devoción  
ha estado la Virgen santa,  
cuyas estas rosas son,  
en gracia y privanza tanta,  
que nos pone en confusión.

LUCIFER No; es que va navegando  
a Sicilia y que Antonino  
le dio el hábito.

SATANÁS Si cuando  
de la guerra santa vino  
no se me fuera volando  
de ese Antonino a los pies,  
que ya, como sabes, es  
arzobispo de Florencia,  
yo pusiera en contingencia  
los pasos en que le ves.

LUCIFER ¿Qué importa que esté seguro  
a la sombra del rosal,  
como la hiedra en el muro,  
contra el Poder celestial?

Desde hoy vencerle procuro.  
¿Nunca has oído, Satán,  
cómo las mujeres dan  
mayor victoria a su nombre  
cuando enamoran un hombre  
que es de otra dama galán  
Pues ésa es la fuerza mía.

Poco podrá mi porfía  
si, aunque fea, no enamora  
mi envidia y le quita agora  
este galán a María,  
que le ha dado por favor  
para empresa de mirarlas...

SATANÁS ¿Las rosas de su color?

LUCIFER Unas rosas marchitarlas  
con mi veneno y furor.

Advierte el intento.

SATANÁS Di.

LUCIFER ¿Beceba no viene aquí  
moro de Túnez corsario?

SATANÁS El mismo.

LUCIFER Pues ¿qué rosario  
librará Antonio de mí?

Ea, que ya vio la nave

donde aquestos frailes van;  
(Hace que lo ve.)  
ya la sigue como al ave  
medrosa el pardo alcotán.  
Da en popa viento suave.  
Ya llegó, ya les previene  
de que amainen, ya dispara,  
(Suenan tiros.)  
ya la nave temor tiene,  
ya se rinde, ¿quién la ampara?  
Ya el moro a los bordes viene.  
SATANÁS Fray Cosme, aquel motilón,  
con un remo se defiende  
de cuantos contrarios son;  
ya al suelo derriba y tiende  
la sarracena nación.  
A bordo las cuerdas trepa;  
entró dentro.  
LUCIFER            Estoy aquí.  
¿No quieres que hacerlo sepa?  
SATANÁS ¿Ríndensele todos?  
LUCIFER            Sí;  
sólo el motilón increpa  
el sarraceno valor.  
Ya la chusma sobre él viene.  
SATANÁS Todo ese valor mantiene  
ese rosario traidor.

(Salen FRAY COSME, con un remo defendiéndose de BECEBA y ARCHIMA AMET, y SULTÁN y FRAY ANTONIO, atadas las manos, y CAMILO, pasajero, y MARCELA, dama.)

BECEBA ¡Date, papa!  
COSME            Papear y verlo.  
ANTONIO        ¿Está sin sentido, fray Cosme?  
COSME            Estoy descosido.  
ANTONIO        ¿Qué hace, padre?  
COSME            Pelear.  
¿No os arrimáis, desleales?  
Llegad, veréis cuál se escapa,

que pues me habéis hecho papa,  
yo os quiero hacer cardenales.

Llegad, perros, que aquí espero  
de manos en la ocasión.

ANTONIO Fray Cosme, dése a prisión.

COSME No quiero, padre, no quiero;  
dése vuestra reverencia.

ANTONIO Ya que estoy atado, hermano,  
dése, ¡por Dios!

COSME                               Es en vano.

Ya se acabó la paciencia.

BECEBA Pues muera. Hacelde pedazos.

ANTONIO Su perdición, padre, temo.

COSME Llegad, sabréis qué es un remo  
regido por estos brazos.

ANTONIO Yo le mando en obediencia  
que se deje, padre, atar.

COSME Sólo eso pudo obligar  
mi rigor y mi impaciencia.

Muy bien me podéis ligar,  
perros, a vuestro placer,  
pues sé que es obedecer  
mejor que sacrificar.

(Atanle las manos.)

ARCHIMA Aquí no hay más que ofrecerse  
a este cordel.

CAMILO                               Ten piedad  
si ejecutas tu crueldad.

COSME Mas, ¿quieren todos perderse?

MARCELA ¡Duélete, señor, de mí;  
no me trates con rigor!

ANTONIO Dios lo ha permitido así,  
que como soy pecador  
y veinte años le ofendí,  
quiere que pague cautivo

las ofensas que le hice

COSME Notable pena recibo.

ANTONIO Tenga paciencia. ¿Qué dice?

COSME ¡Atado yo estando vivo!

ANTONIO Fray Cosme, si él hoy rezara,  
como yo se lo avisé,  
nunca aquí el moro llegara,  
que, puesto que yo recé,  
si en mis pecados repara,  
verá que no he merecido  
ser de la Virgen oído.

BECEBA Por la cristiana gallarda,  
remedio esta gente aguarda.

MARCELA Que tengas piedad te pido.

BECEBA Pienso que serás presente  
para que el rey dé por ti  
un ángel que adoro ausente.

COSME Por él, padre, estoy yo así.

ANTONIO Fray Cosme, no sea impaciente.

SULTÁN Estos padres no quisiera  
que llevaras, que hacen mal  
a los cautivos.

ANTONIO Si fuera  
tal mi dicha, mi bien tal  
que yo a tus manos muriera,  
¿qué fin mejor puedes dar  
a mi jornada que el cielo?

BECEBA Pues yo te quiero matar.  
Daré tu cabeza al suelo  
y echaré tu cuerpo al mar.

LUCIFER El fraile, Satán, se escapa;  
al cielo se va por pies  
envuelto en su negra capa.

SATANÁS ¿No hay un remedio que des?

LUCIFER ¿Qué furia tus ojos tapa?  
¿Quién tu entendimiento ciega?  
¿Tú no ves que a nadie llega  
más presto un grande rescate  
que a un fraile?

BECEBA Pues no se mate;  
el oro por ti me ruega.

ANTONIO ¿Qué, no merecí morir?

COSME Calle, que bien vamos vivos.

BECEBA Apresta y ¡alto!, partir.

ANTONIO ¿Parécete que cautivos  
no es morir?

COSME Bueno es vivir.

ARCHIMA Pasad a las galeotas,  
cautivos, que a Túnez vais.

CAMILO ¡Qué diferentes derrotas!

ANTONIO Hoy, señor, me regaláis.

BECEBA ¿Cómo esa chusma no azotas?

Cristiana, tened consuelo.

MARCELA No hay mi desdicha en el suelo.

ANTONIO ¡Virgen santa, en Vos confío!

LUCIFER Este fraile ha de ser mío  
o he de revolver el cielo.

## *JORNADA SEGUNDA*

(Salen ARCHIMA AMET y SULTÁN, moros.)

ARCHIMA ¿Qué hacen esos esclavos?

SULTÁN Apenas el sol los ve.

ARCHIMA ¿Y los papas que compré?

SULTÁN Esos blasonan de bravos.

ARCHIMA Hazles peor tratamiento  
que a los demás.

SULTÁN                    Su paciencia  
les sirve de resistencia  
y de humilde sufrimiento.

ARCHIMA Si te digo la verdad,  
sultán, no hay noche ninguna  
que en sueños no me importuna  
alguna sombra o deidad.

Que Antonio siga hasta tanto  
que se vuelva moro, y de esto  
anda triste y descompuesto,  
y aun después que me levanto,  
suele aquesta misma sombra  
la imaginación cansarme.

SULTÁN ¡Extraña cosa!

ARCHIMA                    Y mostrarme  
tantas, que el alma me asombra.

(Salen LUCIFER y SATANÁS.)

SATANÁS ¿No hemos de salir con esto?

LUCIFER O no ser yo quien soy  
o le habemos de ver hoy  
el traje africano puesto.

SATANÁS Cuentas que da cada día  
de su devoción a Dios  
han hecho que de los dos  
no aproveche la porfía.  
Llega, y al dueño tirano

este pensamiento infunde  
para que en su mal redunde.  
LUCIFER ¿Cómo no quieres, villano,  
castigar aquel Antonio  
hasta que deje su fe?

ARCHIMA De que ya le castigué  
su sangre da testimonio.

LUCIFER Apriétale hasta que deje  
la ley de Cristo.

ARCHIMA Sí haré.

SULTÁN ¿Con quién hablabas?

ARCHIMA No sé.

LUCIFER Dale, aunque al cielo se queje.

ARCHIMA Hoy, sombra, cualquier que seas,  
palabra te doy de hacer  
que muera o se ha de volver  
a la ley que tú deseas.

Vete en buen hora al lugar  
que tienes en tierra o cielo.

LUCIFER No hay en el cielo ni suelo  
donde me dejen estar  
si entre vosotros no estoy  
o con los indios resido,  
pues el cielo que he tenido,  
el ser que en efecto soy,  
no me duró sola un hora;  
era corto para mí:  
que como cedro subí  
y amanecí como aurora.

(Vase.)

SULTÁN ¿Qué tienes?

ARCHIMA No sé, sultán.

Saca luego de los hierros  
aquesos cristianos perros  
por quien tormento me dan.

SULTÁN Voy.

ARCHIMA Camina.

SULTÁN Aguarda un poco  
y lo que pasa verás.

(Vase SULTÁN.)

ARCHIMA Sombra, ¿qué pretendes más,  
si no es que me vuelva loco?  
¡Vive Alá, papa cristiano,  
cualquier que seas, que hoy  
has de morir, pues estoy  
más esclavo de un tirano  
por ti que lo estoy de mí!

(Salen SULTÁN, FRAY ANTONIO, COSME y MARCELA, los tres  
cautivos.)

SULTÁN Hoy, perros, pienso mataros.

Que quiere ver azotaros

Archima Amet aquí.

ANTONIO Con acabar nuestra vida  
acabarás nuestra pena.

ARCHIMA ¿Es buena esta vida?

ANTONIO Buena,  
y más si es por Dios sufrida.

ARCHIMA Deja, Antonio, esa locura;  
adora en Mahoma y mira  
que te amenaza su ira.

ANTONIO ¡Virgen santa, Virgen pura,  
Virgen más clara que el sol,  
favoreced vuestro esclavo!

SULTÁN Préciase el perro de bravo  
más que si fuera español.

¡La ropa fuera ya, perros!

Tiéndanse en tierra.

(Desnúdanse y échanse de bruces.)

COSME ¡Ay de mí!

Padre Antonio, que por ti  
vine a verme en estos hierros.

ANTONIO Diga, hermano, que por Dios.

COSME ¿Quién le metió que yo fuese  
con él a Sicilia y viese  
tanto mal para los dos?

¿No me estaba yo muy bien  
en mi santa portería,  
donde a mis horas comía,  
donde cenaba también?  
¡Ay mi huerta de San Marcos!  
¡Ay mi santo refectorio!  
ANTONIO Otro más raro es notorio  
le espera y mil triunfos santos,  
donde cenará algún día  
a la mesa del Cordero.

COSME Así, padre, en Dios lo espero  
pero como yo comía  
tan libre de aquestos hierros  
en mi refectorio a ratos,  
cercado de tantos gatos,  
muérome entre aquestos perros.

ANTONIO Ya, hermano, yo estoy desnudo.

SULTÁN Tiéndase, pues.

COSME ¿En qué cama?

ARCHIMA ¿Cuándo te cansarás? Llama  
dos calabreses membrudos.

COSME Mirad para en acabando  
qué colación apercibe.

ANTONIO Por Dios, Cosme, los recibe,  
que Dios nos está mirando.

COSME ¿De qué el resibo ha de ser?

ANTONIO ¿De qué? De aquestos regalos.

COSME ¿Yo, ¡por Dios! recibir palos?

No estoy de ese parecer.

ARCHIMA Desnúdate, ¿qué porfías?

(Quítale COSME el palo al SULTÁN y dale con él.)

COSME Ya la paciencia he perdido.

¿No te contentas vestido?

¡Toma!

SULTÁN ¡Ay espaldas mías!

(Andan tras él FRAY ANTONIO y ARCHIMA AMET, poniéndose  
en medio.)

ANTONIO «Deo gratias», fray Cosme, hermano;

¿así pierdes la obediencia?

COSME Acabóse la paciencia;  
no me hable, padre, a la mano.

Déjeme que le sacuda  
media docena no más.

ARCHIMA Cautivo, ¿eres Barrabás?

Prendedle, moros; ayuda  
por Mahoma soberano!

¡Cautivo, perro, traidor,  
que has de probar mi rigor!

COSME Pasito, blanda la mano.

(Salen AJA, mora, y LUCIFER.)

AJA ¿Estás loco? ¿Qué es aquesto?

¿Comprastes bestias por dicha  
o hombres?

ANTONIO            Mi desdicha,  
ora, tu piedad me ha puesto.

LUCIFER De mandarle castigar  
pienso conseguir mi intento

y doyle merecimiento  
con que me doble el pesar.

ARCHIMA ¿Quién te mete en eso a ti?

AJA ¿Qué te han hecho esos cautivos?

ARCHIMA Poco, pues los deajo vivos.

AJA ¿Por qué los tratas así?

ARCHIMA Porque este Antonio deseo,  
Aja, que se vuelva moro.

AJA ¡Pluguiera a Alá!, que le adoro  
y a un ángel viéndole veo!)

(Aparte.)

Pero sea con regalos,  
no a palos, que de esa suerte  
le perderéis con su muerte.

Un roble da el fruto a palos;  
pero los árboles nobles  
dejan tomar con la mano

el fruto, y este cristiano  
no fue de casta de robles.

Vete y déjame con él.

Llevad esotro.

ARCHIMA                      Yo quiero  
hacer tu gusto.

AJA                      Y yo espero  
que sin castigo crüel  
se rinda a mi cortesía.

ARCHIMA Lleva ese perro, sultán,  
donde los demás están.

SULTÁN Camina, perro; algún día  
nos veremos.

COSME                      Quiera Dios  
que nuestro rescate sea  
en contienda de pelea  
y que la hayamos los dos.

ANTONIO Fray Cosme, tenga paciencia,  
que es gran joya la humildad.

COSME Tenga su paternidad  
mas brío en tan gran violencia.

(Vanse LOS MOROS y COSME.)

LUCIFER Llega, entenece aquel pecho.

AJA (¡Temor tengo, oh santo Alá!

¿Qué piedra en tu pecho está?

Antonio, ¿de qué eres hecho  
que cierra al alma la entrada?

LUCIFER Mira qué hermosura tiene.

ANTONIO Contra mí la carne viene  
de dulce deleite armada.

¡Virgen, socorred, pues Vos  
excedistes en pureza

los ángeles y en belleza  
cuanto en el cielo no es Dios!

Domingo, pues me libré  
del mundo con el sagrado  
de vuestra ropa y a nado  
a vuestro puerto llegué,

donde al demonio vencí  
dándole azotes crueles,  
las rosas que en los vergeles  
de vuestra casa cogí,  
la carne, que es el mayor  
de los enemigos míos,  
viene con notables bríos  
de anegar mi propio honor.  
¡Favor, padre soberano;  
y vos, heroico Antonino,  
pues el hábito divino  
me dio vuestra santa mano,  
haced oración por mí!  
LUCIFER Háblale, ¿qué te acobardas?  
AJA En fin, dulce Antonio, ¿aguardas  
que yo te requiebre a ti?  
Si es vergüenza y es temor  
de ver que soy tu señora,  
tu cautiva soy agora,  
tú mi adorado señor.  
Lo que es mi talle y persona  
ya la ves, no hay que alabarte.  
¡Ojalá para obligarte  
tuviera yo la corona  
de toda el Asia! Mi hermano  
es rico. Deja tu ley.  
Deudo tengo con el rey.  
LUCIFER Pídele, necia, la mano,  
que palabras no es sentido  
y el tocar sentido es,  
y el sentir hace después  
apetecer lo sentido.  
Aunque se incitan oyendo  
los hombres más que mirando,  
muchos se pierden tocando,  
que es ir el fuego encendiendo.  
Llegarse al fuego calienta;  
pero si se toca, abrasa.  
Pásale la mano, pasa;  
llega y abrazarle intenta.

ANTONIO ¿Qué armas podré tomar  
contra ti?

AJA Mira, cristiano,  
que te adoro.

ANTONIO ¡Oh fuerte mano!  
Comenzad a pelear.

Basta el rosario del cuello.

LUCIFER Perdíme; no aguardo más.

(Vase.)

AJA ¿Rosas, cristiano, me das?

ANTONIO ¿Yo rosas?

(Vuélvese el rosario rosas.)

AJA Muestra, mi bien.

ANTONIO ¿Qué dices?

AJA (Hace cuando va a tomar el rosario que se quema.)

¡Ay, que me abraso!

(Vase.)

ANTONIO Y que con ligero paso

Alá o los cielos te den.

Rosas dijo que le daba

cuando el rosario miró

y, la mano se abrasó

cuando las rosas tocaba.

¡Ah Virgen! ¡Tanto favor!

¡Tantas gracias y mercedes!

(Sale COSME.)

COSME Salir por las calles puedes

de Túnez libre, señor;

mas cree en darte la nueva

antes de pedirte albricias.

ANTONIO ¿Qué albricias, Cosme, codicias,  
puesto que albricias te deba?

¿Qué tengo yo que te dar,

si no es de aqueste jaleco

o de aquel bizcocho seco

lo que hoy tengo de cenar?

Ve por ello si te agrada;

más de diez onzas serán.

COSME Piedras por onzas nos dan.

¡Qué vida tan regalada!

ANTONIO Esto entre moros se medra.

Yo te juro que algún día

esa piedra me sabía,

más que pan de azúcar, piedra.

Pero dime, ¿quién nos dio

licencia para salir

de esta mazmorra y vivir

en la luz que Dios crió?

COSME A Túnez, padre, ha venido

Clemente, un embajador

de Génova por valor

de su virtud conocido

en toda el África, y éste

al rey pidió por merced

delante de Archima Amet,

que sólo cuando se acueste

permita que moro alguno

encierre en mazmorra esclavo.

ANTONIO Al embajador alabo,

Cosme, y al rey noble. Al uno,

por la merced que pidió,

y al otro, por concedella.

Gracias a la Virgen bella.

¿Ha rezado hoy?

COSME Padre, no.

ANTONIO Pues ¿por qué?

COSME De no comer

estoy muy desvanecido.

ANTONIO ¿Y ha comido?

COSME Ya he comido.

ANTONIO Agora lo puede hacer.

Saque el rosario.

COSME Quebróse

el cordón y no he podido

ensartarle.

ANTONIO ¿No ha podido?

COSME Hubo embarazo; olvidóse.

ANTONIO Venga, yo le ayudaré  
a ensartar las cuentas.

COSME Vamos;

pero como aquí pasamos  
crujía, sospecho a fe  
que algunas se habrán ido.

ANTONIO ¿Cuántas?

COSME Vaya agora cuenta.

ANTONIO Diga, a ver.

COSME Ciento cincuenta.

(Saca sola la cruz.)

ANTONIO ¿Luego todas se han perdido?

COSME La cruz me quedó no más.

ANTONIO Dios, Cosme, le dé su luz.

Ate un cordel a esa cruz

y no le pierda jamás.

Que en él daremos los dos  
tantos nudos como cuentas,

y pase aquestas afrentas

y palos siempre por Dios,

que es soberbio con exceso

y le podrá suceder

gran daño, a mi parecer.

COSME Estése, padre, con eso.

ANTONIO Aquí dicen que labrado  
tienen un famoso templo

los genoveses.

COSME Ejemplo

de cristiano celo han dado.

ANTONIO En él hay un santo altar

de un crucifijo devoto,

de manos y pies tan roto,

que aun la sangre quiso dar.

Esta visita ha de ser,

Cosme hermano, la primera,

pues nos dejan salir fuera

y mañana puede hacer,

de agallas o de otras cosas,

un rosario en qué rezar,

si el cordel le ha de quitar

la devoción de las rosas.

COSME Bien dice, Vamos, que allá  
habrá mercader cristiano  
que rosario tenga.

ANTONIO Es llano;  
alguno en la plaza habrá.

¿Cuándo me veré, mi Dios,  
en vuestra santa presencia?

COSME Refectorio de Florencia,  
¿cuándo me veré yo en vos?

(Vanse. Salen EL REY DE TÚNEZ, BECEBA, MARCELA, cautiva,  
y ROSA.)

BECEBA Si no te obliga, rey, a haberte dado  
esta cristiana para darme a Rosa,  
ni a ti, Rosa ingratisima, he obligado  
con aquesta jornada victoriosa,  
¿qué esperanza en tan dudoso estado  
será para mi vida provechosa?  
¿Cuál será de los dos el pensamiento,  
pues cuantos me habéis dado lleva el viento?  
Surqué la mar azul, corrí la posta  
en mis seis galeotas que juzgaban  
el golfo desigual carrera angosta;  
así las blancas olas sujetaban.

De Sicilia espanté la fértil costa,  
y Apebón y Paquino me temblaban,  
que los azufres de sus bocas fieras  
se helaron de temor de mis banderas.  
Cuando volví de tan dichosa empresa,  
las ninfas de la mar, en sus navales  
carros, entapizados de ova espesa,  
me ofrecieron mil perlas y corales.  
Tú sólo, rey, a quien mi dicha pesa;  
tú sola, Rosa, a quien mis largos males  
nunca engendran amor, me recibistes  
con tibios brazos y con ojos tristes.

REY Beceba, quien emprenda grandes cosas,  
ha de tener, con el valor, paciencia.



REYY si no quiero dártela, Beceba,  
¿qué dirás?

BECEBA                   Que me pagas bien ahora.

REY ¿No basta el galardón que un rey te deba?

BECEBA Dame mi esclava y tu sobrina adora.

REY ¿No me la diste?

BECEBA                   Sí.

REY                        Pues ¿qué más prueba  
de que es mía?

BECEBA                   Fue un truco de la hermosa  
Rosa, mas ¿no me das tampoco a Rosa?

REY No quiere, y yo no tengo de forzarla.

BECEBA Rosa, ¿no quieres tú?

ROSA                     Quiero, Y es  
justo,

lo que quisiere el rey.

BECEBA                   No hay que culparla;  
está sujeta y ha de hacer tu gusto.

Dame mi esclava a mí, que quiero darla  
al rey de Argel.

REY                     ¿Por darme a mí disgusto?

BECEBA Por lo que tú mereces; pues es llano...

REY Prosigue la razón.

BECEBA                   ...que eres tirano.

REY ¡Prendedle!

BECEBA                   Por la punta de esta espada.  
(Vase.)

REY Por Alá que te haré quitar la vida.

¡Hola, guardas, alcaide! Rosa amada,  
de su muerte no quedes ofendida

(Vase EL REY.)

ROSA Intenta, rey, lo que a tu gusto agrada,  
que, puesto que de entrambos soy querida,  
a nadie tengo amor, que, aunque está ciego,  
mi pecho es nieve si su flecha es fuego.

¿Cómo es tu nombre, cristiana?

MARCELA Por mi desdicha, Marcela;  
por venir derecho el mal,  
el mismo nombre lo muestra.

ROSA ¿Eres española?

MARCELA Sí,

aunque a Nápoles la bella  
pasé con un capitán.

ROSA ¿De dónde eres?

MARCELA De Valencia.

ROSA Yo te he cobrado afición.

MARCELA Primero que te la deba  
te había pagado, mora,  
que tu donaire y belleza  
obliga a tenerte amor.

ROSA En esta correspondencia  
de voluntades pagadas,  
que nace de las estrellas,  
fuera yo tu grande amiga,  
mi secretaria te hiciera,  
mis pensamientos fiara  
de tu valor satisfecha;  
como te volvieras mora,  
y si mora te volvieras,  
yo te casara con hombre  
que fuera igual a tus prendas.

MARCELA Con aquí veis cada día  
cristianas que su ley dejan,  
parécete, bella Rosa,  
que seré lo mismo que ellas.

Y cree que no fiara  
de mi valor y paciencia  
para trabajos tan grandes  
tan dificultosa prueba,  
a no haber en el camino  
hallado la resistencia  
de vuestros ruegos, regalos,  
honras, gustos y promesas.

ROSA Pues ¿qué resistencia hallaste  
si quieren hacerte fuerza?

MARCELA No la entenderás.

ROSA Sí haré.

No hay cosa que yo no entienda  
del trato de las cristianas,

que me he criado con ellas.  
Las labores que yo sé,  
una esclava portuguesa  
me las enseñó, y aun creo  
que, si hasta agora viviera,  
su ley me hubiera enseñado.  
MARCELA Pues, Rosa, cuando fui presa  
de este alcaide, lo fue un fraile  
dominico de Florencia.  
Hombre de linda persona,  
honestos ojos y lengua;  
tan devoto de la Virgen  
que adoran cielos y tierra  
por Madre del mismo Dios,  
que, hablando y tratando en ella,  
las lágrimas que lloraba  
enternecieran las piedras.  
A todos encomendó  
la devoción de esta Reina,  
y a mí, aparte, como vía  
que nuestra común flaqueza  
es más fácil para el mal,  
me dijo: «Cuando te quieran  
persuadir, Marcela amiga,  
moros que mora te vuelvas,  
acuérdate de la Virgen  
y de la santa paciencia  
con que a Menfis y al gran Cairo,  
huyendo de la sangrienta  
furia de Herodes, llevó,  
por sus arenas desiertas,  
al benditísimo Niño;  
y que, sentada en la hierba,  
margen de una fuente clara,  
con las manos, más que estrellas,  
le lavaba los pañales;  
mientras, una blanca cesta  
José de dátiles rojos  
cogía de las soberbias  
palmas que entonces al suelo

humillaban las cabezas.  
Considera los trabajos  
que esta celestial princesa  
pasaría tantos años  
y súfrellos tú por ella,  
y por que jamás la niegues,  
toma estas divinas cuentas,  
que, si cada día las pasas,  
ellas serán tu defensa.»  
Bien escuché sus palabras,  
pues del modo que en la imprenta  
queda el papel, las dejó  
en medio del alma impresas.  
Este es el santo rosario.  
¡Ojalá que tú quisieras  
conocer estas verdades!  
ROSA Basta, amiga, que las tenga  
respeto y amor ahora.  
(Sale LUCIFER.)  
LUCIFER(No es mala ocasión aquésta  
para salir con mi intento.)  
Este fraile, Rosa bella,  
es el hombre más gallardo  
que hizo Naturaleza.  
Tiene un ingenio divino.  
Bueno será que le veas.  
ROSA ¿Podré yo ver este fraile?  
MARCELA ¡Pluguiese a Dios  
LUCIFER (No quisiera  
revelar alguna cosa  
que me diese en la cabeza.  
¿Cosa que Antonio de Ríjoles  
aquesta mora convierta  
y por un alma dudosa  
la más cierta se me pierda?  
Mas yo lo sabré trazar  
sin que me resulte ofensa.)  
MARCELA Archima Amet le compró,  
cómprale o, por más modestia,  
dile al rey que se lo pida.

ROSA Más segura ha de ser ésa.

Al rey le quiero pedir.

LUCIFER (Pues ¿qué aguardas?)

ROSA Ven, Marcela,

que ya me muero por verle.

MARCELA El cielo tus pasos mueva.

(Vanse las dos.)

LUCIFER (No, sino yo, que soy ángel,

aunque perdí por soberbia

ser luz, ser sol, ser aurora,

y ya soy noche y tinieblas.)

(Salen FILIPO, ALBERTO y ROSIO, cautivos.)

FILIPO ¡Ay, vida trabajosa!

¿Cómo con tantas penas dura tanto?

ALBERTO ¡Ay, muerte perezosa!

¿Cómo no escuchas mi profundo llanto?

ROSIO ¡Ay, muerte y vida juntas, cómo vivo!

¡No hay mayor muerte que vivir cautivo!

FILIPO ¿Que se aflige el villano

de que no llueva a tiempo en su cosecha?

ALBERTO ¿Que llora el cortesano

su pretensión sobre los vientos hecha?

ROSIO ¿Que teme el navegante al mar ni al viento?

¡Ay, Dios! ¿Por qué no duerme el avariento?

LUCIFER ¿Qué se lamentan éstos

de sólo ver la libertad perdida,

si en el libro están puestos

del bautismo de Cristo y restituida?

De vicio se lamenta todo el suelo.

Callen, pues callo yo, que perdí el cielo.

¿No fue por mí vertida

la sangre del Cordero sobre el ara?

Trabajo en mortal vida,

descanso presto que en la muerte para;

mas yo, inmortal y que de Dios me alejo,

me pudiera quejar y no me quejo.

(Entra ANTONIO.)

ANTONIO Cautivos, que lo fuisteis  
del demonio y de Cristo libertados,  
a ser libres vinisteis  
y de nuevo por él regenerados.  
Hagamos penitencia, que en paciencia  
se ejercita también la penitencia.

Nuestros pecados fueron  
la causa de vivir donde vivimos;  
mas ya que nos trajeron  
donde la alegre libertad perdimos,  
no perdamos el alma, que es tesoro  
más que la libertad, que pierde el oro.

FILIPO ¿Quién eres, que predicas  
penitencia, cristiano, donde hay tanta?

ANTONIO Amigo, bien replicas.

Cautivo de la Virgen sacrosanta  
soy lo primero, y luego, un fraile pobre,  
aunque en ser de quien soy todo me sobre.

Por las manos dichosas  
del varón apostólico Antonino,  
me dio estas bellas rosas  
deste rosario celestial, divino.

(Sácale y huye EL DEMONIO.)

LUCIFER Cegóme, ¡oh perro! Pues caerás espera,  
que yo fui sol y ya perdí mi esfera.

(Vase.)

ANTONIO Este que cada día  
rezo a la Virgen, y vosotros todos  
que le recéis querría,  
pues por divinos celestiales modos  
os dará libertad con esperanza,  
que de su Hijo cuanto quiere alcanza.

ALBERTO Danos los pies, ¡oh padre!,  
que todos prometemos ser devotos  
de aquella Virgen madre.

ANTONIO Ella permita que cumpláis los votos  
en sus templos, llevándole el rescate  
a Loreto, a la Peña o Monserrate.

De un mercader ahora

compré aquestos rosarios. Ea, cristianos,  
rosas de tal Señora  
no es justo que se os caigan de las manos,  
que mientras más traigáis la mano en ellas,  
en vez de marchitarse están más bellas.

(Salen ARCHIMA AMET y CELIMO.)

ARCHIMA Este, Celimo, es mi esclavo.

CELIMO Pues éste te pide el rey.

ARCHIMA Lo que es el talle te alabo;  
mas para dejar su ley,  
terrible, arrogante y bravo.

¿Qué haces, Antonio, aquí?

ANTONIO Con la licencia, señor,  
ando por Túnez así.

ARCHIMA El rey sabe tu valor;  
al rey, Antonio, te di;  
parte a verle con Celimo.

ANTONIO Voy, señor, a obedecerte.  
Amigos, hoy os animo  
con mi sangre; con mi muerte  
veréis si la prenda estimo.

(Vanse ANTONIO y CELIMO.)

ARCHIMA Id a trabajar vosotros.

ROSIO ¿Somos tuyos? Riñe a otros.

ALBERTO ¡Qué buenas rosas llevamos!

FILIPO Vamos tras él y pidamos  
que ruegue a Dios por nosotros.

(Vanse todos. Salen AJA y COSME.)

AJA Viendo el notable rigor  
de Antonio, a quien tanto adoro,  
y que no se vuelva moro,  
porque no me tiene amor,  
crece mi pena inhumana  
tanto, que resuelta vengo,  
pues yo soy quien sólo tengo,  
para volverme cristiana.

Dile, Cosme, que, pues él  
no quiere ser moro aquí,

yo seré cristiana, y di  
que me casaré con él.  
Que, aunque sé que ha de pesar  
a mi hermano, yo sabré  
hacer de suerte que esté  
de esotra parte del mar  
cuando entienda nuestro intento;  
y a ti, si aquesto conciertas  
y su voluntad despiertas,  
tan dormida a mi tormento,  
fuera de la libertad,  
luego que estemos casados.  
te daré dos mil ducados  
y del alma la mitad,  
porque en joyas y dinero  
puedo llevar treinta y más.  
COSME Señora, engañada estás  
y desengañarte quiero.  
Aunque te vuelvas cristiana,  
no puede Antonio casarse  
contigo, ni aun obligarse  
a cosa alguna liviana,  
porque es fraile y no es posible.  
Deja esas cosas agora  
y trata, ilustre señora,  
de algún medio conveniente  
para darnos libertad,  
que él te llevará si quieres  
ser cristiana, y donde fueres,  
tu hermosura y calidad  
te darán galán marido,  
a quien luego querrás bien,  
que no es mostrarte desdén  
no haberte Antonio querido,  
sino ser fraile profeso.  
Esta razón le desvía,  
que entre cristianos sería  
gran pecado y gran exceso  
y al instante castigado  
que de alguno se entendiese.

AJA Y si yo con él me fuese,  
¿está también obligado  
a no mostrarme afición  
y pagar mi voluntad?  
COSME También es la castidad  
su principal profesión.  
Y aunque Antonio, por ser hombre,  
pudiera satisfacerte,  
antes sufriera la muerte  
que perder de casto el nombre.  
Ya es un ángel en la tierra  
y un santísimo varón,  
y tanta la devoción  
que su casto pecho encierra  
con la divina María,  
que aquellas rosas le dio,  
que, si le tratase yo  
de esta plática algún día,  
para siempre era acabada  
nuestra amistad.

AJA                   ¿Que mi mal  
es sin remedio?

COSME                   Es mortal.  
Si el que te di no te agrada,  
aun yo, con ser motilón,  
como y como.

AJA                   ¿Pues qué? ¿Tú  
puedes casarte?

COSME                   ¡«Jesú»!  
¡«Abernuncio»! ¡Tentación!

(Vase santiguando COSME, diciendo: ¡«Abernuncio»!  
¡Tentación! Salen ANTONIO, ROSA y LUCIFER.)

ANTONIO Cuanto me promete el rey  
no es para mí de importancia,  
que no hay humana ganancia  
para que deje mi ley.  
Sola tu rara hermosura  
me hubiera dado, señora,  
primer movimiento agora

de tan notable locura;  
tanto, que pienso que estoy  
fuera de mí, pues te miro.

LUCIFER (¡Oh, qué bien he puesto el tiro!  
De medio a medio le doy.)

ANTONIO Lo que no pudo el tormento  
de mi prisión, hambre y sed,  
dese fiero Archima Amet  
por diabólico instrumento;  
lo que Aja no alcanzó  
con tanto amor y blandura,  
pudo, Rosa, tu hermosura.

Pero, ¿qué digo? ¿Soy yo?  
¡Vete! ¡Apártate de mí!

¡Dios mío! ¿Vos me dejáis?

LUCIFER ¿Otra vez a Dios tornáis?

Luego, ¿no soy nadie aquí?  
Pues aunque a ser no llegué  
Dios, porque Dios es sólo uno,  
nunca tan cerca ninguno  
alto pensamiento fue.)

ROSA Antonio, desde aquel día  
que Marcela habló de ti,  
por los oídos te di  
lo más que el alma podía.  
Ya que te veo, mi bien,  
por los ojos te confirmo  
por mi señor.

ANTONIO Y yo afirmo  
que el alma te doy también.

(¡Ay de mí! ¿Qué dije? ¡Cielos!

¡Qué ceguedad! ¡Qué locura!

¡Qué deleite! ¡Qué hermosura!

Cubre con fingidos velos  
la muerte eterna, el perder  
a Dios, el fuego infernal.)

LUCIFER (Esto se vuelve a hacer mal;  
más cuidado es menester.

Habla más tierno.)

ROSA                            ¡Mi vida!,  
en mí una esclava tendrás;  
este reino heredarás,  
que no hay deudo que os lo impida.  
A mi tío el rey se han muerto  
dos hijos. Si he merecido  
que vos seáis mi marido,  
tened el reino por cierto.  
Pues ¿quién será como vos  
servido entonces, amores?

ANTONIO Faltado me han los favores  
y los auxilios de Dios.  
¡Ay ojos que habéis podido  
cegar todas las estrellas  
del cielo, pues ya sin ellas  
voy por vuestro mar perdido!

LUCIFER (Bien va aquesto; atraíle.)

ROSA Dame esa mano.

ANTONIO                            Y también  
el alma.

LUCIFER (Ahora va bien.  
Pues ¿qué? ¿Se pensaba el fraile  
ser más fuerte que Sansón  
y más santo que David?)

ANTONIO (¡Cegad, ojos; pies, huid!  
¡Ya es tarde; estoy en prisión!  
Los palos, la mala vida  
y el regalo desta mano  
me han vuelto loco; ya en vano  
«recuerda el arma dormida».)

LUCIFER (Pídele un abrazo.)

ROSA                            Esposo,  
dadme un abrazo.

ANTONIO                            Quisiera.

ROSA Pues ¿quién lo estorba?

ANTONIO                            Espera;  
que hay un estorbo forzoso.

ROSA En que soy tu esposa advierte;  
tú, mi contento y mi gloria.



ser rey de Túnez y ser  
quien treinta galeras arme  
y discurra todo el mar?  
Mandaré, tendré gobierno,  
que hartos hay en el infierno  
solamente por mandar.  
Que pasar vida tan fuerte  
es locura y es rigor.

Mas... ¡ay!

ROSA ¿Qué pensáis, amor?

ANTONIO ¡«Cómo se viene la muerte»!

Quiero quitarme el rosario,  
que ya el cuello me atormenta.

Pesa un quintal cada cuenta  
y ya no me es necesario.

Aquí lo quiero poner.

¡Rosario, quedaos a Dios!

(Quítasele.)

Que voy a abrazar sin vos  
aquella hermosa mujer.

LUCIFER ¡Victoria! ¡Vencí! No hay más

¡Infierno, fiestas! ¡Vencí!

Más te precio, fraile, a ti,  
pues ya en mi poder estás,  
por ser de aquel perro negro  
que así me muerde y persigue  
y con su rosario sigue,

y más me ensancho y alegre  
que con mil almas de moros.

¡Ea, infierno, fiesta luego;  
haya fuegos, pues en fuego  
se han de gastar mis tesoros!

(Vase.)

ROSA Abrazame.

ANTONIO Estoy temblando.

ROSA ¿De qué, mi bien?

ANTONIO De pensar

en cómo me ha de llevar  
el infierno «tan callando».

(Abrazanse, y mientras se abrazan vuelve la tramoya con

UN ÁNGEL, que toma el rosario que ANTONIO puso sobre la peña.)

ÁNGEL Este rosario, estas rosas,  
me manda llevar la Reina  
que sobre los cielos reina.

(Cúbrese.)

ANTONIO Dadme esas manos hermosas.

ROSA Manos y brazos te doy.

Ven para que el rey te vea.

ANTONIO Desde hoy le quiero servir.

ROSA Hoy te ha de hacer su visir.

ANTONIO Basta que su esclavo sea.

(Vase. Sale PEDRO GERMÁN, monje.)

PEDRO GERMÁN Después que retirado

vivo en la soledad de aquestas peñas,

ya del mundo olvidado,

de que apenas podré decir las señas,

no he tenido tal día;

llore, pues es razón, el alma mía

mi estimado rosario,

que tantos años fue mi compañero,

las armas y el contrario

de más temor a mi enemigo fiero,

se me cayó en el fuego,

donde me calenté, cual Pedro, ciego.

Grande culpa he tenido.

El cielo me castiga en regalarme,

Mejor el encendido

fuego debiera, ¡ay, mísero!, abrasarme

que a mi rosario santo.

Mas yo le apagaré con este llanto.

Pues, Virgen, revestida

del sol que os hizo nueve meses

aurora esclarecida,

que las rosas, olivas y cipreses

os dieron atributos,

y Vos con mil virtudes atributos

sea yo perdonado;

de vuestro Hijo su piedad me toque.

Quiero, pues he llorado,



que me des a tu sobrina.

REY Yo amaba en extremo a Rosa,  
pero después que Marcela  
por verte ya moro es mora,  
gusto de emplearla en ti,

ROSA Y yo, señor, soy dichosa.

REY ¿Cómo te quieres llamar?

ANTONIO Sultán desde hoy me nombran.

REY Moros, abrazalde todos.

(Vanle abrazando con música. Suena COSME dentro.)

COSME Si el cielo rayos me arroja,  
querrá en el mayor peligro  
mostrar más misericordia.

¡Dejadme pasar, infames!

REY ¿Quién es este que alborota  
nuestra común alegría?

(Sale COSME.)

COSME Fray Antonio!

ANTONIO Cosme, ¿ignoras  
que ya me llamo Sultán?

COSME ¡Maldiga el cielo la boca  
que tal ha dicho! ¡Jesús!

(Santíguase.)

ANTONIO ¿Conjúrasme? ¿Qué te asombras?

COSME ¿No me tengo de asombrar  
de ver, traidor, que deshonoras  
el hábito soberano  
de Domingo?

ANTONIO ¿De eso lloras?

COSME Lloro y rabio juntamente.

¿Tú moro, Antonio? ¿Tú bodas?

¿Tú Sultán? ¿Tú almaizares?

¡Honroso apellido tomas!

¿Qué has hecho la fe, enemigo,  
que profesaste? ¿Las rosas  
de nuestra Virgen y Madre  
las marchitas y deshojas?

¿Tú casado? ¿Tú mujer?

¿Cómo no riñes ahora  
como no he rezado? ¡Perro,

vil, hipócrita! ¿Tú osas  
siendo fraile? Mas ¿qué mucho,  
si a Dios dejas y te tornas  
moro? El casarte es lo menos.  
ANTONIO Cosme, que te apasionas.  
Vuélvete moro, que el rey  
estimaré tu persona  
y te casará.

REY Sí haré.  
COSME ¡Hay infamia más notoria!  
¿Adónde está la doctrina  
que predicabas ha un hora  
animando a los cautivos  
con fingida vanagloria?  
Pero, traidor, ¡vive el ciclo!,  
que, si fuera de la tropa,  
puedo cogerte a las manos,  
que has de gozar poco a Rosa.

REY ¡Prendedle, matadle, moros!  
COSME Primero mi sangre toda  
habéis de comprar, villanos;  
y por que os salga costosa,  
la vendo con esta espada.  
(Saca a un moro la espada de la cinta.)

ANTONIO Muera el traidor!  
COSME ¿Ya blasonas?  
Arrímate a mí, cobarde;  
verás si medroso tornas,  
volviendo al temor la cara.

ARCHIMA ¿Que esto sufre tu corona?

REY ¡Ah de mi guarda! ¡Matadle!

ANTONIO Dame licencia, señora.

ROSA No te he de soltar, Sultán.

COSME Pasito, Antonio, que llora  
esa imagen que idolatras,  
y no es bien dejarla sola.  
No esperes mi compañía,  
que cuando judas se ahorca  
no lleva apóstol Santiago;  
y si tú tomas la posta



## JORNADA TERCERA

(Sale COSME, solo.)

COSME ¡Que haya renegado Antonio  
de Cristo y su ley sagrada!  
El alma tengo turbada.  
¡Oh, cuánto sabe el demonio!  
Como es viejo, sabe tanto,  
De sus embustes reniego.  
¡Que le haya ganado el juego  
a un hombre tan docto y santo!  
Cómo no hay que hacer caudal,  
como San Pablo refiere,  
mientras un hombre viviere  
en esta carne mortal.  
Bravamente le reñí  
y encolericéme tanto,  
que de los moros me espanto  
cómo con vida salí.  
Pero sienten dar la muerte  
estos perros a un cautivo  
y por su avaricia vivo.

(Sale LUCIFER en hábito de cautivo.)

LUCIFER (Muy bien vengo de esta suerte.  
Hoy con aquesta invención  
probar quiero en la conquista,  
pues ya vencí al canonista  
si venzo a este motilón.  
Temo que sus persuasiones  
a Antonio me han de volver.  
Suelen echarme a perder  
estos frailes motilones;  
que, como no son letrados,  
lo que una vez aperciben  
no hay pensar que los derriben,  
creen bien a ojos cerrados.)

¿Fray Cosme?

COSME                   ¿Quién me ha llamado?

LUCIFER Un cautivo miserable,  
si le permite que hable  
su mala suerte y estado.

COSME La suerte no es sino buena,  
que, al fin, es orden de Dios.

Cautivo estoy como vos,  
también padezco esa pena,  
y algo más.

LUCIFER                   ¿Más que yo?

COSME                                   Sí,

y algo más paso que vos.

LUCIFER ¿Más que yo? ¡Pluguiera a Dios!

¡No puede ser!

COSME                   ¿Cómo así?

LUCIFER Porque este mi cautiverio  
es eterno.

COSME       Pues ¿por qué?

LUCIFER Ese porqué yo lo sé;  
no carece de misterio.

Es el calor que hay en mí  
tan grande, que no hay rescate  
cuando de aqueso se trate  
que pueda igualarme.

COSME                   ¿Sí?

¿Qué hombre tan calificado  
sois?

LUCIFER Y mi palabra empeño  
que de un imperio soy dueño,  
de donde fui desterrado.

Y pues no se ha de acabar  
vida con tanto rigor,  
pienso que será mejor,  
Cosme amigo, renegar.

COSME ¿Qué?

LUCIFER       Renegar del bautismo,  
trocando azotes y palos  
en contentos y regalos.

COSME Emperador del abismo

me parecéis.

LUCIFER                    Testimonio

nos dan de aquesta verdad

Antonio y su santidad.

COSME (Sin duda éste es el demonio,

que, como a Antonio ha engañado,

a mí procura engañarme.

Pues él viene a trasquilarme

y ha de volver trasquilado.

¡Ah si le pudiese echar

el rosario al cuello!)

LUCIFER                    (¡Quién

supiese hacerlo tan bien

que a éste pudiese engañar!)

COSME (¡Si yo el rosario le echase,

qué linda fiesta ha de haber!)

LUCIFER (El infierno se ha de arder

si al motilón engañase.)

(Va COSME sacando rosario a escondidas y vase arrimando

hacia el demonio; el demonio, desviándose y mirándole de

medio ojo.)

COSME En efecto que será

el renegar acertado.

LUCIFER ¡Pues no! Si a ser respetado

llegase un hombre.

COSME                    Sí hará.

(No sé por dó está metido.

Este enredador habrá

andado en esto.)

LUCIFER                    Si ya

Antonio está convencido

de que es la ley africana

la mejor, ¿qué hay que esperar,

Cosme, sino renegar?

COSME Sí, amigo, de buena gana;

pero querría saber...

(¡Jesús! ¿En qué estás asido?)

LUCIFER (Si acaso me ha conocido.)

COSME (Más que lo ha de echar de ver

y he de perder la ocasión.

¡Gracias a Dios! ¡Ya salió!)  
(Huye EL DEMONIO.)  
LUCIFER ¡Que el rosario me cegó!  
COSME ¡Ah, tiñoso!  
COSME ¡Ah, motilón!  
LUCIFER ¡Pies de gallo!  
LUCIFER ¡Ignorantazo!  
El rosario lo engrandece.  
COSME (Aguarda, si te parece,  
zorrazo vicio, gatazo.)  
(Da tras él con la pretina y ahora huye.)  
Tiene razón de decir  
que soy un necio ignorante.  
¡Que le tuviese delante  
y no le supiese asir!  
Entendió el perrazo el juego  
y echóse luego a partido.  
¡Ah, Dios; quién le hubiera asido!  
Dos mil azotes le pego.  
¡Que no supiese gozar  
de tan dichosa ocasión!  
Soy un asno en conclusión;  
bien puedo echarme a rodar.  
Antonio me da cuidado,  
que a Cristo y su Madre ha sido  
ingrato y desconocido.  
Voy a ver en qué ha parado,  
que, aunque ya tiene perdida  
la gracia, yo he de trazar  
cómo la vuelva a cobrar  
o me ha de costar la vida.

(Vase. Salen EL REY DE TÚNEZ y FRAY ANTONIO de moro,  
SULTÁN y CELIMO.)

REY Tengo tan grande deseo,  
Sultán, de ver aumentada  
esta ley que, adoro y creo,  
que no sólo por la espada  
que por conservar la empleo,

mas por las letras querría.  
Tú, pues nuestra lengua sabes  
y sabes la intención mía,  
que sólo de hombres tan graves  
trasladar la ley se fía,  
en tu lengua italiana  
copiarás nuestro Alcorán,  
que muchos que la africana  
ley tan gustosa verán  
dejarán su ley cristiana.  
Cuatro meses ha que estás  
en servicio de Mahoma;  
pero ninguno le harás  
como éste, si sabe Roma  
que tu aprobación la das.  
Fuera de que calificas  
lo escrito, obligas a Alá  
a satisfacciones ricas,  
pues tan obligado está  
de que su ley testificas.  
ANTONIO Señor, el rey Tolomeo  
quiso la ley de Moisés  
copiar del idioma hebreo,  
y envió a Jerusalén  
para cumplir su deseo  
por hombres sabios y graves.  
Setenta fueron, y a todos  
cerró de por sí; las llaves  
guardó por ver si en los modos  
que éstos suelen, como sabes,  
defraudar una sentencia,  
convenían en hacer  
uno de otro diferencia.  
Pero aquí no es menester  
tan costosa diligencia.  
Manda que luego me den  
el Alcorán y verás  
si yo lo traduzco bien.  
REY Por los setenta valdrás,  
Sultán, tú solo también.

¿Traéis mi Alcorán ahí?

CELIMO Sí, señor.

REY Pues mientras voy  
a caza, lo pasa así.

ANTONIO Tú verás, señor, que soy  
fiel a nuestra ley y a ti.

REY Para la vuelta, Sultán,  
copia; el principio he de ver.

Guárdete Alá.

(Vase.)

ANTONIO ¿Qué dirán  
los que me vieren poner  
en mi boca el Alcorán?

Pero ya saben que soy  
moro y que casado estoy,  
¿qué importa que sepan esto?

¡Hola, Celín!

CELIMO ¡Señor!

ANTONIO Presto,  
mesa y recado.

CELIMO Ya voy.

(Va por ello.)

ANTONIO Trasladé algunas historias  
de los reyes africanos,  
sus batallas, sus memorias,  
por que entiendan los cristianos  
que no merecen la gloria.  
Y del gusto que ha tenido  
el rey de ver traducido  
el origen de estos reyes,  
quiere que copie sus leyes.

(Sale CELIMO con el recado de escribir y pónelo encima  
de un bufete.)

CELIMO Tinta y papel he traído.

ANTONIO Salte afuera, y si criado  
o amigo me entrara a ver,  
dile que estoy ocupado,  
quiero primero leer

para ver lo que traslado.

(Pónese a leer, y con música descubren a SANTO DOMINGO con el perro y la hacha, como le pintan, y el azucena en la mano, y SAN ANTONINO de rodillas ante el santo.)

SAN ANTONINO Santísimo patriarca  
y fundador soberano  
de nuestra gran Religión,  
padre de infinitos santos,  
arquimandrita divino,  
perro insigne negro y blanco,  
que con el hacha en la boca  
abrasarás los contrarios  
de la Iglesia y fe de Cristo;  
pues los lobos, en mirando  
vuestra carlanca de oro,  
llena de diamantes claros  
de virtudes y excelencias,  
huyeron de ver sus rayos,  
que la medalla del cuello,  
estando en medio adornando,  
donde la Reina del cielo  
con atributos tan altos,  
como estrellas de Jacob,  
cercaba el sol con sus rayos.  
Guzmán divino, español,  
de quien tendrán reyes tantos  
su ascendencia, que ya miro  
pasar de Filipo cuarto.  
Domingo ilustre, a quien Dios,  
por mil días de trabajos,  
hizo Domingo en el cielo,  
que los ángeles guardaron;  
yo di el hábito en Florencia  
a un mancebo saboyano  
casi de mi propio nombre,  
siendo prior de San Marcos.  
Dile el rosario también,  
que fue el soberano lazo,

que a vuestra casa le truje  
como a novillo domado.  
Pasando a Sicilia Antonio,  
los moros le cautivaron,  
donde, habiendo resistido  
hambres, cadenas y palos,  
pudieron los tiernos ojos,  
pudieron las blancas manos,  
los deleites, los amores  
de una mora hacer de suerte  
que, ya de Dios olvidado,  
dejó su ley. ¡Gran dolor  
para todo el orden sacro  
de vuestro santo distrito,  
pues, renegado y casado,  
vive en Túnez, en su lengua  
el Alcorán trasladando.  
Padre santísimo, a quien  
dio la Virgen el rosario  
contra los fieros herejes  
y Ella os enseñó a rezarlo,  
dividiéndole en tres partes,  
por quince misterios santos,  
no permitáis que se pierda  
a quien le dio vuestra mano.  
SANTO DOMINGO Arzobispo de Florencia,  
hijo Antonino; si el daño  
de Antonio te duele a ti,  
porque tú le diste el hábito,  
no menos a mí, que soy  
a quien la Virgen dio el cargo  
de cultivar estas rosas  
de su huerto sacrosanto.  
yo le pediré que pida  
a su Hijo este milagro  
de su rosario divino.  
SAN ANTONINO Si sus ojos soberanos  
pone la Virgen en él,  
hoy triunfará su rosario.

(Cúbrese la apariencia, y ANTONIO, que ha estado leyendo, diga admirado:)

ANTONIO ¿Puede ser más notables desatinos?

¿Es posible que tal estimo y precio?

¿Hanse escrito más bárbaros caminos?

O este Mahoma fue en extremo necio,  
que, como vio que a necios persuadía,  
con sus cautelas quiso hacer desprecio.

Cuanto es la bestia describir porfía;  
son deleites y engaños atractivos;  
toda virtud, toda razón desvía.

Lascivia y gula, que mostró excesivos,  
son polos de su ley, y ésta promete  
el ignorante a muertos como a vivos.

Pedazos de la ley cristiana mete,  
mal entendidos, el blasfemo. ¡Oh, cosa  
digna de que un demonio la interprete!

¡Oh, qué linda, económica y famosa  
presunción de un loco disparate,  
fundada en necedad tan fabulosa!

Ya de hoy más Aristóteles no trate  
la suya, ni a moral filosofía

Platón la lengua aurífera desate.

¡Qué loco estaba yo, Virgen María,  
cuando dejé vuestro rosario santo  
por una vil y, deshonesto arpía!

Pues de haberle dejado pudo tanto  
el demonio engañoso, que soy suyo,  
habiéndome cubierto vuestro manto.

¡Oh vil, falso Profeta! El libro tuyo  
queme llama del cielo, pues quien eres  
(Arroja el libro y písale.)

de tus escritos bárbaros arguyo.

¡Oh, tú, siempre entre todas las mujeres  
bendita, ayuda aquí, dame tu mano,  
que a ti me volveré si tú me quieres!

Favor, Domingo, padre soberano.

(Echase de pechos llorando sobre el bufete y salen por

un lado LUCIFER y por otro EL AUXILIO DIVINO.)

LUCIFER ¿A quién pides favor? ¿Tienes vergüenza?

Pues, perro, no hay piedad, lloras en vano.

AUXILIO ¡Mientes, villano!, que el dolor comienza,

y si prosigue y el llorar porfía,

no dudes tú que la batalla venza.

LUCIFER ¿Tan presto, Auxilio santo? ¿Quién te envía?

AUXILIO Quien me puede enviar, Dios, por los ruegos

de la Princesa celestial María.

LUCIFER Después de mil perjurios y reniegos

de Ella y su Hijo y de sus santos nombres,

¿vienes a abrirle tú los ojos ciegos?

AUXILIO Ángel de las tinieblas, no te asombres,

que Dios no tiene en iras ni en venganzas

la condición y, estilo de los hombres.

Antonio, llora, que llorando alcanzas

cuanto pidas a Dios.

ANTONIO Señor, ya lloro.

LUCIFER ¿A un perdido enriqueces de esperanzas?

AUXILIO Mal sabes tú lo que las rosas de oro

alcanzan de María y de Dios ella.

LUCIFER En éste no, que ya no es fraile; es moro.

Y esa divina y celestial Doncella

favorezca cristianos con sus rosas;

pero no a quien sus rosas atropella.

Que si son en sus ojos tan hermosas,

por otra Rosa vil las ha dejado.

AUXILIO A recibirle fueron poderosas.

Dios te manda dejarle.

LUCIFER Su mandado

obedezco; mas voy a hacer de suerte

que tiemble el cielo de mi brazo airado.

(Vase.)

AUXILIO Antonio, a Dios tus lágrimas convierte.

ANTONIO ¿Osaré, Auxilio santo, alzar la cara?

AUXILIO Alzala, que, pues lloras, quiere verte.

ANTONIO ¿Perdonaráme Dios?

AUXILIO ¿No es cosa

clara,

si lo vas suspirando con tu llanto?...

ANTONIO Negué su nombre; fui traidor.

AUXILIO

Repara

que Pedro le negó; pero fue tanto  
el llanto suyo, que hoy es fundamento  
y de su Iglesia sustituto santo.

ANTONIO Ya os oigo, aunque no os veo; mas si intento  
decir que soy cristiano a este rey moro,  
¿qué me sucederá?

AUXILIO Breve tormento  
y gloria eterna.

ANTONIO Pues la muerte adoro,  
aunque es terrible trance.

AUXILIO ¿Atrás te  
vuelves

¿Cómo no miras las coronas de oro  
de tantos frailes santos y resuelves  
que ellos sin culpa han muerto y tú culpado?

ANTONIO ¿Qué, tantos hijos de Domingo entraron  
por su sangre en el cielo?

AUXILIO Los que  
espera

el claustro de Madrid, oye.

ANTONIO ¿Ganaron  
fuego y sangre la inmortal bandera?

AUXILIO Después de adornar las puertas  
así yo del templo santo  
de entorchados jeroglíficos,  
de la fe símbolos sacros,  
corresponderánse enfrente  
de otras dos puertas dos cuadros  
que no fueron de por sí,  
por ser dos mártires santos.

Luego, por orden, comienzan,  
en soberanos retratos,  
los dominicos atletas  
y sangrientos espectáculos  
palmas en las manos todos,  
todos al cuello rosarios,

que las rosas hay quien diga  
que de sangre se engendraron.  
San Pedro, mártir, que hizo,  
para corona del labio,  
del cuchillo la diadema  
y de su filo los rayos.

El primer inquisidor  
y protomártir Conrado,  
fray Nicolás, que en Hungría  
los herejes degollaron  
siendo su obispo, con cinco  
frailes, y fray Berengario,  
arzobispo de Cracovia,  
de una lanza atravesado;  
fray Pagano, y luego tú,  
que vienes bien con Pagano.

Mira si el lugar aceptas.

ANTONIO Sí, Señor, bañado en llanto.

AUXILIO Fray Felipe, hijo del rey  
de Ceba, mártir a palos,  
y con fray Andrés Pelisco  
a los leones echado.

Mas para animarte más  
con sus divinos retratos,  
mira la Virgen de Atocha  
y los mártires del claustro.

(Suenan música y descúbrese la Virgen de Atocha, y a los  
1a dos, los mártires que aquí van referidos, cada uno  
con su martirio, como van dichos, y se advierte que en  
esta apariencia consiste la fuerza de la comedia, o sea  
en un árbol formado con seis nichos ), la Virgen en  
medio.)

ANTONIO Serenísima María,  
que la luna estáis pisando,  
aunque con el alma os miro  
a la luz de vuestros rayos,  
haced de los muchos vuestros,  
por vuestro santo rosario,  
este milagro conmigo,  
pues Dios por vos obra tantos.

Antonio soy, si merezco  
llamarme nombre cristiano  
habiéndoos a vos y a Dios  
por el demonio trocado.  
No soy Sultán, Virgen pura.  
AUXILIO Gente suena. Allá te aguardo;  
no vuelvas atrás, Antonio.  
ANTONIO Ayudadme, Auxilio santo.

(Cúbrese la apariencia. Quéda se ANTONIO solo. Sale FRAY  
COSME.)

COSME A pesar de cien morillos,  
hasta esta sala he llegado,  
donde dicen que está Antonio  
el Alcorán trasladando.  
Y pues el rey no está aquí,  
por el hábito sagrado  
de mi padre que lo escrito  
tengo de hacer mil pedazos.  
ANTONIO ¡Misericordia, Dios mío!  
COSME ¡Ay, fray Sultán, renegado!  
Solos estamos agora.  
ANTONIO ¡Ay, Virgen! ¿Quién me ha llamado!  
el nombre que yo aborrezco?  
¡Cosme amigo! ¡Cosme hermana!  
COSME ¿Mi hermano vos? De Mahoma  
lo ser, que yo no me pago  
de hermanos que son infames.  
ANTONIO Cosme, dame aquestos brazos;  
mal dije, dame esos pies,  
quiero mil veces besarlos,  
(Echase a sus pies y huye FRAY COSME.)  
por católicos, por fuertes,  
por buenos, cuerdos y santos.  
No me los niegue, no huya.  
COSME Eres tentación del diablo.  
¿Estás sin seso, Sultán?  
¿Esa media habréis sacado  
de vuestro renegamiento?

ANTONIO Yo soy el vil renegado  
que, engañado del demonio  
por un antojo liviano,  
negué a mi Dios y su Madre  
y a su divino rosario.

Mas ya, hermano Cosme, vuelvo,  
conociendo mi pecado,  
como pródigo segundo,  
a sus paternas brazos.

Hermano, ayúdame tú;  
ruega por mí.

COSME                            ¡Cielo santo!  
¿Hablas de veras?

ANTONIO                            Sí, amigo;  
hermano, de veras hablo.  
¡Misericordia, Dios mío!

COSME ¡Virgen pura del Rosario,  
vuestras hazañas son éstas!  
Pues alto, mi padre amado,  
diga como yo dijere  
a voz alta.

(Va COSME diciendo, y ANTONIO en voz alta lo repite.)

Sepan cuantos  
en Túnez, Fez y Marruecos  
ha sido patente y llano  
que renegó fray Antonio  
del Orden dominicano,  
que le engañó Satanás,  
como hombre débil y flaco.  
Pero ya que ha conocido  
los embustes, los engaños  
del Alcorán de Mahoma,  
profeta falso y borracho,  
embustero y codicioso,  
corrido y desengañado  
de haber seguido su ley,  
aunque tan pequeño espacio,  
la deja por mentirosa,

mala y de malos resabios,  
señuelo para el infierno  
y cebo de condenados.  
Por tanto, reniega della  
y de su dueño falsario;  
confiesa la ley de Cristo  
y sus estatutos santos,  
que Cristo es Dios verdadero  
y redentor soberano.  
Confiesa en Dios tres Personas  
distintas por soberano  
misterio y un solo Dios  
poderoso, bueno y sabio;  
que Jesucristo es Dios hombre,  
que en el vientre sacrosanto  
de Santa María, su madre,  
por el Espíritu Santo  
fue concebida y nació,  
su virginidad quedando  
sin corrupción, limpia y pura  
antes y después del parto.  
Que, en cuanto hombre, padeció  
y fue muerto y sepultado;  
resucitó el día tercero;  
subió al cielo; está sentado  
a la diestra de su Padre;  
desde do vendrá juzgando  
en el postrimero día  
a los buenos y a los malos,  
para dar premio y castigo,  
conforme hubieren obrado  
los hombres en esta vida.  
Y confiesa todo cuanto  
la santa Iglesia Romana  
ha dispuesto y ordenado  
y ordenará hasta morir  
en su protección y amparo.  
Esto es lo justo y lo bueno,  
lo católico y lo santo,  
y quien dijere otra cosa

mentirá como bellaco.

(Hasta aquí ha ido repitiendo.)

ANTONIO Así, mi Dios, lo confieso.

COSME Agora, déme esos brazos,  
y vamos por esas calles,  
hechos locos, publicando  
a voces la ley de Cristo.

ANTONIO ¡Vamos, Cosme!

COSME ¡Vamos!

ANTONIO ¡Vamos!

(Vanse diciendo a voces: «Viva Cristo! ¡Viva Cristo!»  
Sal BECEBA con lanza y adarga.)

BECEBA Montes de Túnez, cubiertos  
de fieras y de leones,  
testigos de mis razones,  
aunque a mis voces desiertos;  
mar contrario, en cuyos puertos  
fue mi esperanza perdida,  
en esto acaba su vida  
quien pone su fe y amor  
en un ingrato señor  
y en una mujer fingida.  
Ciudad, yo fui alcaide en ti;  
ya soy alarbe en el campo,  
los pies en la arena estampo  
que en ricos palacios vi.  
Desterrado vivo aquí  
de mi rey y de mi dama,  
¡Dichoso campo el que os ama  
sin que otro interés le obligue,  
que nunca la envidia sigue  
a los que viven sin fama!

(Voces dentro. Sale EL REY peleando con un león.)

REY Cobarde soy. ¡Por Alá!

¿Ninguno me da favor?

BECEBA Este es el rey que mi amor  
tan mal pagándome está.

El león le rinde ya;  
su gente llega. Yo quiero  
hacer como caballero,  
que al rey, aunque ingrato sea,  
cuando en peligro se vea,  
le he de acudir el primero.

Bestia crüel, vente a mí,  
deja al famoso Almanzor.

REY ¿Quién eres?

BECEBA Yo soy, señor.

REY ¿Es Beceba?

BECEBA Señor, sí.

(Da BECEBA tras el león y sale luego,: déjale muerto.)

REY Siempre de ti presumí  
este valor. ¡Oh, buen moro!  
Por el santo Alá que adoro  
que el reino tengo de darte;  
mas para poder pagarte  
no tiene el mundo tesoro.  
Voluntades mal pagadas,  
servicios mal conocidos,  
en vasallos bien nacidos  
no hacen las quejas espadas.

(Ahora sale BECEBA.)

BECEBA De dos sangrientas lanzadas,  
el león, atravesado,  
tiñe en sangre el verde prado.

REY Y yo, a tus brazos rendido,  
perdón, Beceba, te pido  
de todo el desdén pasado.

BECEBA Cuando en peligro te hallo,  
acudo a mi obligación.

REY La falta del galardón  
prueba la fe del vasallo.  
(Salen ARCHIMA AMET y CELIMO con albardas.)

ARCHIMA ¿Muerto decís?

CELIMO El caballo,  
por lo menos, muerto queda  
en esta verde arboleda.

El rey es éste.

TODOS ¡Señor!

REY No a mí, sino al vencedor,  
para que pagarle pueda.  
Beceba es rey, pues por él  
tenéis rey: mató al león.

ARCHIMA Hechos de su mano son,  
que es su lealtad tan fiel.

REY Volveré a Túnez con él  
y, llevándole a mi lado,  
entrará conmigo honrado.

Fiesta y máscaras haced.

Parte a Túnez, Maamet,  
refiere lo que ha pasado.

Salgan, reciban así  
al Beceba como a rey.

ARCHIMA Voy, porque tu gusto es ley.

REY Y él lo merece por sí.

Que vivo por él les di.

BECEBA ¡Tantas honras, Almanzor!

REY Hoy conocerás mi amor;  
que quien, pagado tan mal,  
fue tan hidalgo y leal,  
es señor de su señor.

(Vanse. Salen ANTONIO, medio desnudo, y ROSA, asida de él.)

ROSA ¿Dónde vas de esa manera?

Tente, mi bien, ¿dónde vas?

ANTONIO Rosa, no me tengo más.

Suelta, Rosa.

ROSA                    Escucha, espera;  
mira que soy tu mujer,  
cuando no por ser quien soy.

ANTONIO Por lo mismo huyendo voy.  
Por ti he perdido mi ser;  
por ti no soy. Ya los dos  
no hemos de hablar de ese nombre.

Hoy vuelvo a ser, porque el hombre,  
¿cómo puede ser sin Dios?

ROSA Algo, mi vida, te ha dado  
alguna envidiosa mora  
de mi ventura.

ANTONIO                    Señora,  
no es mora quien me ha tocado,  
aunque me enamoró a mí  
su belleza soberana,  
sino la mayor cristiana,  
pues que tuvo a Cristo en sí.

ROSA A Cristo nombras? ¿Qué es esto?

ANTONIO Pues ¿no quieres que le nombre,  
si por remedio del hombre  
está de esta suerte puesto?

(Saca un Cristo.)

¡Ay, Rosa, míralo aquí!

ROSA ¿Loco te has vuelto?

ANTONIO                    Antes cuerdo,  
pues hallo aquí lo que pierdo  
por mi locura y por ti.  
¡Halle yo, Padre divino,  
en este costado abierto  
sagrado acogida y puerto  
del mar de mi desatino!  
¡Haced, santas venas frías,  
que aquésta por vos desangre  
las tristes lágrimas mías!  
Pues que vos, rey celestial,  
sois piedra, imprímanse en vos,  
que si sois piedra, mi Dios,

en piedra hacen señal.

ROSA Siempre temí tu mudanza.

ANTONIO ¡Malhaya el hombre traidor  
que fuera de vos, Señor,  
pone jamás su esperanza!

Mi confianza mortal,  
que es viento, en nada la fundo,  
siempre la puse en el mundo  
y en vos nunca, por mi mal.

Pero yo juro, Señor,  
de pagarlo con la vida,  
a vuestra sangre ofrecida,  
a quien debo tanto amor.  
Quédate, Rosa, y el ciclo  
se duela de ti.

ROSA ¡Ah, mi bien!

ANTONIO Ya no hay bien, Rosa, sin quien  
murió para bien del suelo.  
Voy a morir.

(Vase.)

ROSA ¡Ah, señor,  
mira que te adoro! ¡Fuese!  
¿Que este fin mi amor tuviese?  
¡Oh, qué mal puse mi amor!

(Sale LUCIFER.)

LUCIFER(Deseaba entrar aquí  
y nunca he podido entrar,  
que éste se ha sabido armar  
bravamente contra mí.

¡Oh, qué espada de dos filos  
tomó el traidor en la mano.)

ROSA ¡Que se haya vuelto cristiano!  
Mas son comunes estilos  
de estos renegados perros.

Al rey haré que le mate.

LUCIFER Con regalo es bien se trate.

Póngale primero en hierros.

ROSA Mejor será por amor.

LUCIFER Regálale; ve tras él.  
ROSA Lágrimas podrán con él  
lo que no pudo el rigor.  
Voy a seguirle.

(Vase.)

LUCIFER                      Reniego  
de mí mismo, pues María  
Dudo dar luz este día  
al alma de un hombre ciego.  
¡Domingo, mucho supiste;  
a buen árbol te arrimaste!  
¡Qué bien sus rosas fundaste  
¡Qué hermoso huerto escogiste!  
¿Quién me ha encontrado contigo,  
perro labrador de herejes?  
Mas yo haré que esta vez dejes  
la prenda que ha de ir conmigo.  
En tu dorada carlanca  
no hay tocar; mas quiero ver  
si te pudiese morder  
algo de esa fimbria blanca.

(Entran EL REY, BECEBA, ARCHIMA AMET y CELIMO.)

BECEBA

¡Qué alegre y regocijada  
Túnez, señor, te recibe!  
REY ¡Moros: por Beceba vive  
vuestro rey!

ARCHIMA                      ¡Famosa entrada !

(Salen los músicos con un baile morisco, con máscaras.)

MÚSICOS Gardamos, Alá, Muley,  
que guardar al rey, que guarda  
al rey, que un león tener  
para hacer mochos pedazos,  
quitarmo ley desas brazos  
y él vida por él poner.  
Túñez, tenelde placer

por vasallo de bon ley,  
Mahoma, gardar Muley,  
gardar al rey, gardar al rey.

(Vanse los músicos. Sale ANTONIO de fraile con su corona.)

ANTONIO Los que me vistes por deleite vano  
negar la fe de Cristo que profeso  
y, habiéndole primero dado el beso,  
venderle como bárbaro villano.  
Los que dejastes el valor cristiano  
por el ejemplo de mi loco exceso,  
mirad que ya le adoro y le confieso,  
trayéndole en el alma y en la mano.  
No soy Sultán; Antonio, sí; ninguno  
crea que creo al bárbaro Profeta,  
porque se engañará si piensa alguno.  
La ley de Cristo adoro; vuestra seta  
maldigo. Cristo es Dios, que es trino y uno.  
Mi sangre está ya a vuestros pies sujeta.  
(De rodillas.)

REY ¡Por Alá, que de cuantas invenciones  
en mi entrada se han hecho no hay ninguna,  
Sultán, que con la tuya se compare!  
¡Qué bien de los cristianos se ha burlado!  
Beceba, ¿ no es muy digno de un gran premio?  
BECEBA; ¡Qué máscara! ¡Qué fiesta más discreta!  
¡Qué bien ha castigado a los cristianos!  
¡Qué bien sus desatinos me presenta!

ANTONIO No son máscara, rey; antes es esto  
quitarme y a la máscara del rostro.  
Yo creo en Jesucristo, Cristo vivo.  
Cristo es Dios.

REY ¿Cómo es esto? Espera un poco.  
Sultán, ¿hablas de veras o estás loco?

ANTONIO No soy Sultán, Antonio soy; ya vuelvo  
a los palacios de mi Padre, a donde  
me ha vestido del hábito primero  
para sentarme a su gloriosa Mesa.

Pródigo fui de sus tesoros ricos;  
guardé negro ganado de deleites;  
roto volví, mas ya me dio sus brazos,  
a trueco de mil lágrimas, y puso  
en mi cuello la estola de su gracia.

REY Antonio, mira bien lo que aventuras.

ANTONIO ¿Qué ventura mayor que con mi sangre  
confirmar las verdades que confieso?

REY No hay fiesta sin azar, que todas tienen  
por fin guardado algún desabrimiento.

BECEBA ¡Ah rey! ¿Está mejor Rosa empleada  
en un cristiano vil?

REY                   Llevadle presto,  
y dentro de tres días, si no dice  
que a Mahoma confiesa, dadle muerte.

ANTONIO De aquí a tres días, rey, de aquí a tres años,  
de aquí a tres mil, diré lo mismo.

REY                   ¡Oh  
perro!

Llevadle al campo luego, apedreadle  
y quemaréis su cuerpo.

ANTONIO                   ¡Virgen pura,  
cumplióse mi deseo! Mi remedio  
debo a vuestro santísimo rosario.  
¡Oh santa devoción! En vos espero  
que no se perderá quien la tuviere.  
(Llévanle.)

REY Arrepentido estoy, ¡por Alá santo!,  
de haber honrado a este cristiano perro.  
Vuélvase, moros, el contento en llanto.

BECEBA ¡Por éste me pusiste en tal destierro!

REY Famoso alcalde, pues te debo tanto  
y he conocido mi notable yerro,  
yo huelgo de que quede libre Rosa,  
que, si hoy la quieres, hoy será tu esposa.  
Sin esto haré que el Gran Señor confirme  
mi sucesión en ti.

BECEBA                   Beso tus manos,  
¡oh generoso rey, columna firme  
de todos los estados africanos!



a los cautivos cristianos,  
¿qué lengua habrá que lo diga,  
Al fin, al campo llegaron;  
hincó en tierra las rodillas.  
y allí, como Esteban santo.  
bordó de piedras preciosas,  
rubíes en sangre bañados,  
el hábito de Domingo,  
siempre a la Virgen llamando.  
Encienden un grande fuego,  
pero del cuerpo sagrado  
huye el fuego, que el de amor  
resiste y le deja intacto.  
Piedras en sangre teñidas  
cogieron muchos cristianos  
y se les volvieron rosas.  
Mas ya tratan de enterrarlo,  
que a los pies del crucifijo  
de este templo fabricado  
de genoveses en Túnez  
mandó sepultarse el santo,  
donde esperan que ha de hacer  
Dios por él grandes milagros.  
Pues ya llegamos al puerto,  
el santo cuerpo veamos.  
MARCELA La piedra que sangre tenga,  
Antonio, mi padre amado,  
será diamante en mi pecho.  
COSME Este es el cuerpo sagrado.

(Corran una cortina y aparece Nuestra Señora del Rosario con manto azul; más abajo, a los lados, los frailes que puedan, dominicos, con rosarios al cuello, y alrededor de la Virgen, un rosario grande, con rosas por paternóster, y fray ANTONIO de rodillas, lleno de sangre, con un Cristo en la mano derecha y en la izquierda el rosario.)

¡Con qué valor tiene a Cristo  
Antonio en la diestra mano,

como bandera que sigue,  
y en la siniestra, el rosario!  
MARCELA Con estas armas, ¿quién duda,  
¡oh valeroso soldado!,  
que conquistase los cielos?  
Nuevo Esteban, si en el manto  
de la Virgen ya te miras  
como a soberano amparo,  
ruega por mí.  
COSME                      Y por todos.  
(Cúbrese la apariencia.)  
Padre Antonio, Antonio santo.  
Y aquí, senado, da fin  
«La Devoción del Rosario».  
San Antonino la escribe,  
que de Florencia, en San Marcos,  
dio el hábito a fray Antonio,  
y así os lo ofrece Belardo.